

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año I

BARCELONA, 15 DE DICIEMBRE DE 1883.

Núm. 14

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



MARÍA BARKANI, dibujo original de P. Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—EL JUSTO MEDIO.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: María Barkani, por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—REVISTA MADRILEÑA, por D.ª Josefa Pujol de Collado.—EXPLICACIÓN DE GRABADOS.—DEL LIBRO «PARA TODAS». INÉS LA PÁLIDA, por D. José Zorrilla.—FLAQUEZAS DE ELLOS; LOS DIPLOMÁTICOS DE DERECHO DIVINO, por D. J. Valero de Tornos.—SECCIÓN CIENTÍFICA: Higiene de la boca. Dentíficos, por el Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez.—RECUERDOS DE VIAJES, por Esmeralda Cervantes.—LA PRINCESA DE GALES Y LA MODA.—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: María Barkani, dibujo original de P. Ross.—TIPOS DE BELLEZA: ASIA, cuadro de Maslowski. EUROPA, cuadro de Pameschi.—MUJERES HERZEGOVINAS EN CAUTIVERIO, cuadro de José Hottario.

REVISTA DE MODAS Y SALONES. (Véase el sumario de la misma).

EL JUSTO MEDIO.



El hecho de que algunas jóvenes en el extranjero y en nuestra patria se han distinguido en profesiones científicas, asusta de tal modo al otro sexo, que ya no ven un término medio razonable, y del recuerdo de las Sanchicas huyendo un copo de estopa, pasan á la visión de Mari-Sabidillas invadiendo tribunales, congresos y academias.

Estas alarmas son el acompañamiento inevitable de todas las innovaciones radicales. Es el cuento eterno de la montaña que parece inaccesible desde lejos al habitante de las llanuras, porque no ve las innumerables sendas de que está poblada y hacen cómoda y fácil la ascensión.

Nada más común entre nosotros, cuando se toca á este punto de educación superior é igualdad del bello sexo, que ver subirse á ciertas gentes en los zancos de su ignorancia y ridiculizar la idea, exagerando sus aplicaciones. Para los tales, ya no habrá quien cuide de su bendita olla podrida, ni remiende los puntos de sus calcetas. Las mujeres, como las Armanda y Filaminta de Molière, van á declarar la guerra al corazón para que sólo domine la cabeza, y entre tantos Papinianos y Galenos femeninos, no sabremos á quien acudir para hacer un potaje de garbanzos.

Repetimos que esto no es nuevo. Se ha desafiado mucho sobre este tema en todas partes y no hay razón para que en España cambie el orden natural de las cosas. Pero el ejemplo de otras naciones es de valor inmenso en este punto, porque las mujeres se emplean en gran variedad de trabajos y profesiones, sin que haya perdido el hogar doméstico ninguno de sus encantos. A esta gran escala de ocupaciones nada incompatibles con el decoro y delicadeza del sexo vamos á referirnos en este artículo para que se vea que en esto como en todo hay sus extremos y su justo medio.

Bien mirado, las mujeres que han adquirido altos títulos universitarios, son cabalmente las que menos los necesitan para vivir, y esto se comprende al considerar el costo y duración del aprendizaje en dichas carreras. Lo han hecho simplemente para que *conste* que hay en el sexo femenino la capacidad necesaria para esos y cualesquiera otros estudios superiores. Con ello han ejecutoriado su suficiencia, y claro es que, si en competencias de elevados conocimientos se hallan al nivel de los hombres, con mayor razón lo estarán en los que exigen menor esfuerzo intelectual.

En España estamos aún en el primer período, ó mejor dicho, en los preliminares de esta evolución, y cuando vemos á una joven trabajando en nuevo campo de acción, todavía nos hacemos cruces, al paso que nos parece muy natural que los hombres se ocupen en tareas comparativamente ligeras, sencillas, y de naturaleza que podríamos llamar *femenina*.

El gobierno es el gran pecador en primera línea. Obra generalmente en la provisión de empleos como si el Estado se compusiera sólo de hombres, y estuviese obligado á distribuir entre ellos los destinos. La mujer *no es alguien* á sus ojos, más que en asuntos onerosos para la misma, y como el gobierno sólo tiene un ojo para la distribución de sus favores, no es extraño que la sociedad sea tuerta por seguirle la corriente.

La profesión médica se ha hecho más visible y favorecida por la sencilla razón de que la mitad de la humanidad es una clientela no despreciable, y hay mujeres que, mientras les sea posible, preferirán los cuidados de una persona de su sexo. La educación es también como primera necesidad en ambos sexos, y de aquí el gran número de artistas y profesoras en varios ramos que regentan colegios ó asisten á la educación colectiva ó individual de las niñas.

Pero hay otras profesiones abiertas para las mujeres en otros países. La Sociedad Farmacéutica de Londres, por ejemplo, admite ya como candidatos á sus títulos á las mujeres que se presenten con certificación de haber pasado tres años de aprendizaje en una farmacia. ¿Quién duda de que reconocida su capacidad en un examen, sea esta ocupación perfectamente adecuada para las mujeres?

En esta misma línea tenemos las enfermeras con sus estudios y títulos correspondientes, porque es un error creer que baste la voluntad para esta difícil tarea, en cuyo ejercicio es preciso que concurren vigor físico, ánimo fuerte, naturaleza inteligente y simpática y gran dosis de memoria.

Todos estos ramos nos van acercando á un término ó justo medio, donde las ocupaciones no exijan tantos requisitos de calidad y suficiencia, y sean por tanto accesibles á un gran número de aspirantes.

Parece natural, que bajo previo examen de aritmética, escritura, gramática y dictado, el gobierno admitiese candidatos de ambos sexos para el desempeño de infinidad de trabajos en sus oficinas, que no requieren otros conocimientos fuera de los expresados.

Si nos asegurasen que los empleados varones, que cobran del Estado sueldos hasta la suma de 6,000 reales anuales, tienen probada suficiencia en esos cuatro ramos de instrucción primaria, la cuestión cambiaría de aspecto. Pero ¿es esto así? ¿Se hallan siquiera á tal altura millares de empleados de esa categoría?

El día en que se establezcan la justicia y la imparcialidad debidas, se abrirá un vasto horizonte para la mujer, porque no es poner una pica en Flandes el saber escribir y contar á la edad de diez y siete ó veinte años. Entonces podrían ser los exámenes un asunto serio y riguroso, y no tendríamos en los documentos oficinescos tanta herejía gramatical y desacatos al buen sentido.

Esto es tanto más censurable cuanto que, según el sistema moderno de calificaciones y oposiciones, el empleo más insignificante exige en el pretendiente conocimientos de álgebra, griego, astronomía, botánica, derecho internacional y otros primores por el estilo.

Para destinos en dependencias de correos, telégrafos, giros, cajas de ahorros y otras muchas plazas en oficinas de hacienda, basta un examen formal de las cuatro materias indicadas. En Inglaterra, donde el gobierno admite á las mujeres en estos ramos del servicio público, no se les pide otros requisitos. El número inmenso de señoritas colocadas en estas dependencias, es prueba de que cumplen con más actividad y precisión que los hombres, toda vez que el personal femenino es más costoso por las condiciones especiales del local y las comodidades que reclama su sexo. Pasan de tres mil las jóvenes telegrafistas que cuenta la Dirección central de este servicio en la capital de Londres. Su sueldo varía desde 6 á 12,000 reales de remuneración anual, y tienen derecho á una pensión vitalicia, si durante el servicio se han imposibilitado físicamente.

No es, pues, una bicocha este asunto para que le miremos con esa pasividad propia de mahometanos. La experiencia ha hecho ver, que en estudios de aritmética, escritura y gramática las mujeres superan á los hombres en las escuelas. ¿Qué razón hay para que los hombres solos sean los protegidos por el Estado? En España, en donde el clima es menos riguroso, hasta podía ser cuestión importante de economía admitir á la mujer con una rebaja en el sueldo. Las mujeres pueden soportar este sacrificio porque son más ordenadas y mejor administradoras que los hombres, y el Estado hallaría en ello dos ventajas: la de un ahorro en el presupuesto y una mejora en el servicio. Todos cuantos han visto la ligereza, aptitud é idoneidad de las señoritas empleadas en las oficinas públicas de Inglaterra, hacen comparaciones en el Continente que favorecen muy poco á los empleados y á quienes los emplean.

No se trata, pues, de títulos ni borlas doctorales. No va á salir la mujer de buenas á primeras de la cocina al congreso, ni de mecer la cuna á sentarse en los estrados de justicia. Entre estos extremos hay muchos grados donde ambos sexos pueden competir

poniendo término á irritantes monopolios. Cada nueva esfera que se abra á la actividad de la mujer, es una garantía de moralidad para las naciones y un beneficio indirecto para los hombres mismos. Todo ejercicio ó cargo en que la idoneidad puede ser igual, debe ser accesible para ambos sexos. Si el exceso de la oferta abarata el mercado, tanto mejor. En cambio, la oposición creará estímulo en los hombres, y si en esta lucha por la existencia alguno tiene que ceder y abandonar el campo, será el sexo fuerte que tiene otros mundos de actividad para sus ambiciones.

Todo, menos preferencias injustas. Que no sea el Estado madre para el fuerte y madrastra para el débil, protegiendo á sus hijos y enviando á Agar al desierto. Un poco de imparcialidad y de justicia no es mucho pedir á pueblos que siempre traen estos lemas en sus labios.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

MARÍA BARKANI.



Es digno de atención el hecho de que los anales del teatro moderno presenten un número más considerable de actrices que de actores de primer rango. Esto tiene lugar especialmente en el género dramático, que es hoy el arte por excelencia, y dice mucho en favor del bello sexo, cuando entra en lucha en campo abierto y en condiciones no muy desemejantes de las de los hombres.

María Barkani, cuyo retrato ofrecemos en este número, para la galería de mujeres notables, viene á aumentar la ilustre legión de artistas que nacen con el privilegio de interpretar las grandes pasiones y los más nobles sentimientos de la naturaleza humana, teniendo en su favor y auxilio todas las condiciones físicas apetecibles para ser sin gran esfuerzo reina absoluta de la escena.

Su estatura gallarda, su talle esbelto, su fisonomía hermosa y expresiva, su voz agradable y su mirada penetrante y viva, son otras tantas dotes naturales que facilitan el difícil arte de la dramática, y si á esto se agrega una inteligencia clara y una vocación decidida, como se observó en ella desde sus primeros años, no es de extrañar que, desde su aprendizaje, revelara á los inteligentes la altura á que llegaría andando el tiempo con el desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales.

Alemania posee un teatro que no tiene que envidiar al de otras naciones, gracias á sus genios de primer orden en la esfera del arte literario. Bastara sólo el talento colosal de Schiller para conquistarle un lugar preferente en el templo del arte moderno, y María Barkani, aunque cosmopolita en este punto, como han de serlo todas las notabilidades de la escena moderna, porque la civilización es todo menos que proteccionista, ha sabido interpretar con igual acierto esas obras, que en todos los idiomas europeos dan la vuelta al orbe culto y se consideran como piedra de toque de la excelencia de los artistas.

En esta parte Alemania es quizás la más libre-cambista de las naciones, y España una de las que contribuyen en mayor escala con el repertorio de su teatro antiguo al lustre y esplendor de su escena, especialmente nuestro filosófico y profundo Calderón de la Barca. En estas obras maestras, como en las de los autores contemporáneos de gran boga, María Barkani ha fundado una reputación sólida y envidiable, colocándose al nivel de las intérpretes más afamadas, sobre muchas de las cuales tiene la ventaja de su bella y majestuosa presencia, y de unir los dos grandes elementos de la perfección en el arte escénico, á saber: la delicadeza de sentimiento y la delicadeza de observación, ó en otros términos, el caudal natural y el propiamente artístico, sin cuya amalgama no puede haber realidad escénica.

De desear fuera que esta insigne actriz dejase por algún tiempo sus patrios lares, y saliese á recoger aplausos, como lo han hecho algunas de Italia, Francia y Portugal; costumbre que no siguen las de Alemania é Inglaterra porque el idioma no es tan familiar en el resto del continente; pero estamos seguros, y esta es la opinión unánime de cuantos han tenido la suerte de oirla en escena, que María Barkani podría dejar el mismo grato recuerdo que las más afamadas actrices que han pisado nuestro suelo.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

REVISTA MADRILEÑA.



Ohá muchos días que en el *restaurant* del café Inglés tuvo lugar el anunciado banquete que la *Asociación de Escritores y de Artistas* venía preparando en honor del insigne Maestro Sr. Arrieta. Unos 130 socios asistieron al banquete, y vimos entre los comensales á Fernandez y Gonzalez (Don Modesto), Romero Quiñones, Estremera, Manuel del Palacio, Nuñez de Arce y Foronda.

Pronunciáronse entusiastas brindis dedicados al venerable maestro. El Sr. Nuñez de Arce, después de brindar en elocuentes y sentidas frases, abrazó al Maestro Arrieta, que se hallaba profundamente conmovido, en medio de estrepitosos aplausos. Terminado el banquete todos se dirigieron al teatro de Apolo, penetrando en masa en el salón de espectáculos. Tocaba á su terminación el acto 2.º de *San Francisco de Sena* y entonces fué llamado al palco escénico su autor, cubriéndose por completo de flores y de coronas el escenario. El entusiasmo llegó á su colmo, la emoción á su período álgido, cuando el Sr. Nuñez de Arce en nombre de los manifestantes entregó al venerable Maestro una preciosa corona de laurel y oro.

Por fin la Academia de Jurisprudencia cuenta con un local en armonía con la importancia de la corporación.

La familia real y el príncipe Federico Guillermo asistieron al solemne acto de la inauguración.

El local es grandioso y severo, en un todo adaptado á las exigencias de la corporación á que ha sido destinado. Ostenta el vestíbulo en sus paredes bellas lápidas de mármol con los nombres de eminentes jurisconsultos del siglo XIII y un magnífico cuadro de Giordano, y los salones destinados á escritorio, alumbrados por luz zenital, contienen notables cuadros de Tintoreo y Bassano. En el salón de retratos figuran los de todos los presidentes de la docta corporación. La sala para la Junta de gobierno, la de lectura, y la destinada á secciones son magníficas, pero supera á todas las nombradas el salón de sesiones, de extraordinaria capacidad, formando la parte central del techo una gran medalla que representa la justicia divina y la justicia humana persiguiendo al crimen.

Atestadas se veían las tribunas de apuestas damas, deseosas de presenciar la sesión inaugural, y entre la concurrencia figuraban hombres políticos de todos los partidos, eminencias de la ciencia y de las artes.

Declarada abierta la sesión por S. M. el Rey, el Sr. Canido leyó una luminosa memoria, en la que á grandes rasgos reseñaba los diferentes períodos que ha atravesado la corporación. Acto seguido dió lectura el Sr. Romero Robledo á su discurso inaugural, desarrollando el tema: *Los delitos de la palabra*, trabajo de gran importancia jurídica, que le valió nutridos aplausos.

También S. M. el Rey pronunció un corto discurso, congratulándose de asistir á la inauguración del nuevo local; se repartieron luego los premios, que correspondían al último curso académico, y terminado el acto, las reales personas fueron obsequiadas con un espléndido *lunch*.

La concurrencia se retiró en extremo satisfecha y el Sr. Romero Robledo recibió innumerables felicitaciones por la realización de su levantado propósito.

Después de los siglos transcurridos, la posteridad ha hecho al fin justicia á una mujer ilustre, honrando de una manera pública y solemne su memoria.

Me refiero á la inauguración del monumento dedicado á Isabel la Católica, colocado en la plaza del Hipódromo, á cuyo acto concurrió la familia real, el príncipe Federico Guillermo y gran número de distinguidas familias.

Hasta ahora el recuerdo de la gran reina no había sido perpetuado en el mármol entre nosotros: ni una estatua tenía aquella extraordinaria mujer á quien debió España la época de su mayor grandeza y esplendor.

¿En qué consistía tan imperdonable olvido? No lo sabemos ni queremos remontarnos á la inspección de las causas á que obedecía, porque esta inspección nos llevaría al análisis de ciertos defectos sociales, que si bien se adaptan, y por cierto de un modo perfecto, á la índole especial de la ILUSTRACIÓN DE LA MUJER, en cambio, no se amoldan á los reducidos límites de que disponemos para nuestra revista.

La humanidad, por regla general, se muestra muy parca en hacer justicia á las dotes de una mujer, y de esta fatalidad que hasta hoy ha pesado sobre el sexo femenino, pero que no debe pesar en lo sucesivo, no podía por cierto eximirse la egregia hermana del desdichado monarca conocido en la historia con el nombre de *Enrique el Doliente*.

Y con todo, ¡á cuántas personalidades ha levantado estatuas nuestra patria que ciertamente no lo merecían tanto como Isabel I! Ella arrojó á los muros del territorio español, reconstituyó la desmembrada nacionalidad, puso freno al orgullo y turbulencias de la levantisca nobleza de su tiempo, se consagró á hacer la felicidad de su pueblo con verdadero amor y, abarcando el gigantesco pensamiento de Colón, dió un nuevo mundo á Castilla, preparando aquella era gloriosa para nuestra España, durante la cual el poder real, después de pasar por las inhábiles manos de la desgraciada Doña Juana, debía ir á parar rodeado de imponente grandeza al gran Carlos I de España y V de Alemania.

Ninguna mujer como Isabel la Católica supo hermanar mejor las modestas virtudes domésticas con las nobles y turbulentas hazañas guerreras; nadie con más acierto que ella acertó á ser al par que buena esposa y madre tierna, sabia gobernadora de sus pueblos. No queremos negar profundo tacto político á su esposo D. Fernando de Aragón, pero ¡ah! preciso es confesar que sin la intervención de tan ilustre princesa, no hubiera alcanzado España serie tan continuada de triunfos; los dos esposos se completaban de un modo admirable y en todos los actos realizados por aquel reinado se adivina, se ve la influencia generosa, noble y magnánima de una mujer de clarísimo talento y gran corazón.

El artista que ha llevado á feliz término el monumento ha sabido inspirarse dignamente en la memoria y hechos de aquella reina por tantos conceptos ilustre. No está sola Isabel I en el monumento que le dedican los hijos del siglo XIX; le acompañan Gonzalo de Córdoba y el cardenal Mendoza, eminencias que constantemente estuvieron á su lado, prontos siempre á secundar sus magnánimos pensamientos.

¡Honor á la reina insigne, á la cual rinden hoy testimonio de admiración sus descendientes!

¡Gratitud eterna á la esclarecida princesa que, no contenta con reconstituir nuestra quebrantada unidad, ofreció sus joyas para secundar los planes de un genovés oscuro, dotando así á España de un nuevo Mundo, haciéndose acreedora al aplauso incondicional de todas las generaciones, é inmortalizando su nombre en las páginas de la Historia!

JOSEFA PUJOL DE COLJADO.

Madrid 8 Diciembre de 1883.

EXPLICACIÓN DE GRABADOS.

TIPOS DE BELLEZA.

ASIA.

Uno de los bellos cuadros de Maslowski que en grabado reproducimos en el presente número, nos muestra un verdadero tipo de gitana ó bohemia, únicos representantes vivos entre nosotros de lo que pudieron ser las famosas Cleopatras del Egipto, y especialmente la sexta de este nombre, que sorbió el seso y el corazón á Marco-Antonio.

La naturaleza es tan inagotable en sus tesoros, que en cada una de las diversas razas humanas produce infinitos ejemplares bellos, sin apartarse del archi-tipo de que sin duda alguna provienen. Con esto satisface todos los gustos, aunque en punto á belleza femenina se puede decir que no los hay, porque donde existe realmente, á todos subyuga más ó menos.

La superioridad que el tipo de belleza asiático tiene sobre el europeo es, no obstante, de un orden inferior. Hay en él, como se observa en la heroína de nuestro grabado, mucho de sensual y en su mirada algo de fatídico. Estas mujeres son más irresistibles en su juventud; pero su frescura, el fuego de su mirada y el misterioso encanto que las rodea, desaparecen muy pronto, y sólo quedan rasgos apropiados para el llanto, la desesperación y la desventura. Parece que sobre ellas pesa el sello de la esclavitud, y si la suerte del bello sexo dependiese de la energía de esta raza, tememos que quedaría esclavo hasta la consumación de los siglos.

TIPOS DE BELLEZA.

EUROPA.

El distinguido artista M. Pamescki ha retratado á una de las bellezas fascinadoras, á quien encontrara en sus frecuentes excursiones por Europa, y ciertamente ha tenido gran tacto en no decirnos á qué nación pertenece, para que los inteligentes nos lancemos á un mar de conjeturas.

En otros tiempos se nos haría creer que es una Circasiana ó Georgiana; pero el ferrocarril y la electricidad, que han llevado la luz á todas partes, han disipado estas ilusiones creadas por los autores de poesías orientales. En estos romances del Harem siempre hay una sultana hermosa, y como había de ser de alguna parte, se convino en que se ahijasen todas á Georgia y Circasia.

Viajeros no poetas que visitan estos criaderos de odaliscas han visto que en estas regiones se cria de todo, como en todas partes, y que las mujeres hermosas nacen donde quiera que la naturaleza lo tiene por conveniente.

A ojo de buen cubero diríamos que la figura representada en nuestro grabado vió la luz del día al rededor de los Jerezanos prados ó en tierra de María Santísima, no sólo por la artillería que hay detrás de esos ojos, sinó por la gracia que se le derrama en las facciones, amen de la mantilla, rosa y abanico que están diciendo el agua con que la bautizaron.

No obstante, como el hábito no hace al monje, y la belleza no tiene patria, vale más dejar este punto indeciso, y que cada cual bendiga á la Providencia, que tamañas maravillas sabe crear con su poderosa mano.

Lo que no deja duda es que tiene ante sus ojos el retrato del venturoso ó desventurado que domina en su corazón, y le examina á solas, como quien quiera averiguar si es digno de que tal reina se le avasalle.

MUJERES HERZEGOVINAS EN CAUTIVERIO.

Las continuas insurrecciones con que los habitantes de la Herzegovina han procurado, en estos últimos años, sacudir el yugo de la dominación turca, ha prestado un agradable asunto al pincel del celebrado artista José Hottario, cuya obra reproducimos en grabado.

En esas guerras frecuentes con la Turquía se pelea todavía á lo salvaje, y por consecuencia la mujer es considerada legítima y buena presa, que puede el enemigo apropiarse sin otros trámites ni requisitos, y, como sucede generalmente, los vencedores tienen un ojo muy experto para esta clase de botín. Las jóvenes notables por su hermosura son las únicas que llaman su atención y le disponen con gusto al sacrificio de conservarlas y mantenerlas, ya para su regalo, ya para hacer con ellas un negocio lucrativo vendiéndolas á algún turco opulento mantenedor de esclavas.

Parece increíble que aún tengan lugar iniquidades de este género; pero nada más común para vergüenza de la humanidad.

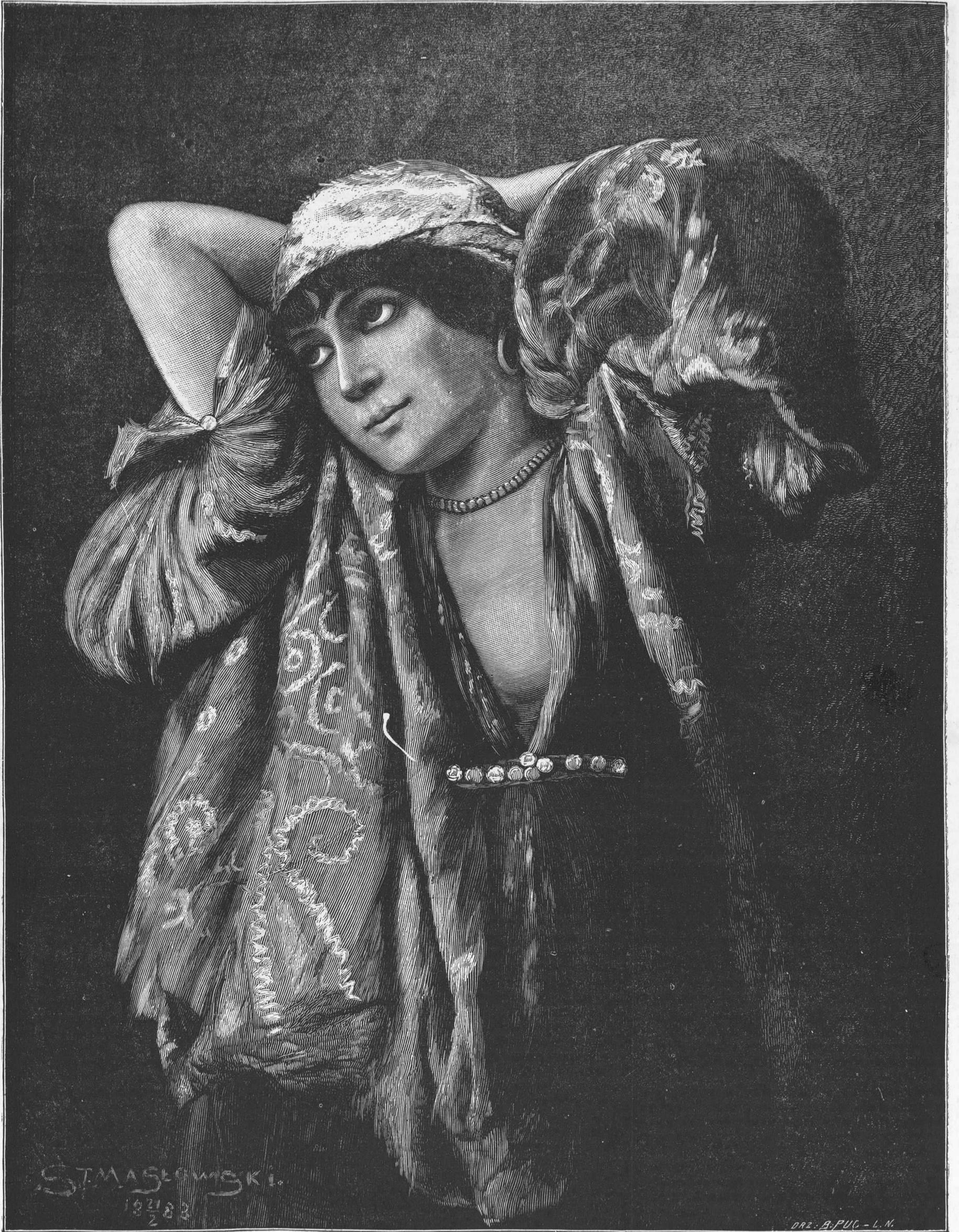
Las dos cautivas que el grabado representa parecen ser madre é hija, y al paso que una profunda tristeza, muestran en sus rostros algo de resignación á una suerte bien común entre sus compañeras, y aún quizás se mezcla con la resignación un tanto de esperanza en el atractivo de sus prendas físicas.

A estos tristes seres no les es dado, como al armiño, destruir de un golpe el tesoro que sirve de cebo á sus cazadores. Su interés les obliga á conservar y mejorar su hermosura, de la que depende su bienestar en la esclavitud, y pisado ya el suelo del harem, la mujer se vuelve en una estatua de cieno primorosamente pulida en el exterior.

Siempre que vemos á la mujer cautiva, es por viva fuerza bruta, y en esto demuestra el hombre su inferioridad. Las mujeres, por el contrario, cautivan, esclavizan y avasallan sin más que su talento, su gracia y sus encantos. La mitad de la humanidad es presa inconsciente de sus dulces y sutiles redes, al paso que nosotros necesitamos degradarla y oprimirla para hacer de ella una esclava.

DEL LIBRO «PARA TODAS».

La bellísima poesía con que el insigne vate, gloria de la lírica española, honró las columnas de nuestro número anterior, ha excitado en muchas de sus lectoras con motivo doblemente justificado el deseo de conocer las composiciones que han de formar parte



TIPOS DE BELLEZA: ASIA, cuadro de Maslowski.



TIPOS DE BELLEZA: EUROPA, cuadro de Pamescki.

del interesante libro á que sirve aquella de introducción.

Para satisfacer en lo posible tan legítimo anhelo, y contando con la aquiescencia del Sr. Zorrilla, publicamos á continuación, del mismo modo que lo haremos en lo sucesivo con otras completamente desconocidas, la siguiente que creemos lo será también para la mayoría de nuestras lectoras.

Á INÉS LA PÁLIDA.

«Eres pálida y pequeña»,
Señas de alto precio son;
Rica esencia en pomo chico,
la más clara la mejor.

I.

Descrita no puede ser
Tu palidez: hay que verla.
Tan sólo puede haber
En la faz de una mujer
Hecha por Dios de una perla.

Sólo una carne amasada
De una materia perlina
Puede estar así encerrada
En esa tez delicada,
De palidez nacarina:

Sólo una perlina esencia
Puede á tu semblante dar
Esa tez, cuya apariencia
A veces de tu existencia
Hace á los ojos dudar.

De rosa blanca, en tu piel
Jamás la sangre acumula
Rojas tintas de clavel.
Tu rostro es tal, que tras él
Parece que no circula.

Pero como en sí no implica
Germen alguno enfermizo,
Tu palidez no se explica:
Solamente significa
Que Dios pálida te hizo.

Descrita no puede ser
Tu palidez: hay que verla.
Tú sola puedes saber
Si eres perla hecha mujer,
O mujer hecha de perla.

II.

Oye, pálida atractiva,
Que en cuerpo tan sin color
Pareces sin vida activa,
Mas que pruebas que estás viva
Con el imán de tu amor.

Tu cutis sin transparencia,
Do no hay de tinte vital
Graduación ni diferencia,
Pensar hace en la existencia
Del vampirismo oriental.

La impertinencia perdona
De este aserto antojadizo;
Pero mi sospecha abona
De tu pálida persona
El inexplicable hechizo.

Tu aire, tu paso, tu acción,
Tu voz, tu conversación.....
Todo en tí es vago, poético,
De un atractivo magnético
Que cautiva el corazón.

Luz tiene tan singular
El foco de tus pupilas,
Que la quiebran sin cesar
Como las ondas tranquilas
Del agua verde del mar.

Una sola vez te ví
Y una sola vez te hablé,
Y fascinado por tí
¡Ay! no sé lo que sentí,
Ni lo que te dije sé.

Me hablaste sólo un momento,
Pero me hiciste aspirar
No sé que hechizo en tu aliento;
Porque ya mi pensamiento
Sólo en tí puede pensar.

Tu imagen, desde aquel punto,
Do quiera me está presente;
Do quier te siento á mí junto:
Y de tu faz el trasunto
Impreso llevo en mi mente.

Y sueños de ella no son
Ni de mis ojos antojos:
De tu vista á la impresión,
Con tu luz mi corazón
Te fotografió en mis ojos.

Y sin cesar me acompaña,

Y nunca de mí te alueñas:
Asido está en mis entrañas
Tu amor, como está á sus peñas
El musgo de las montañas.
Pues solo una vez te ví,
¿Qué atmósfera te rodea,
Qué hechizo llevas, que así
Me obligas á que no vea
Ya en el mundo más que á tí?

III.

¡Pálida de cuyo sér
Razón no me puedo dar,
Perla que dejó caer
En la concha que al nacer
Devolió Venus al mar:
Criatura peregrina,
Cuya piel anacarada,
Cuya palidez perlina
Te asemejan á una ondina
De una escocesa balada.

Huri blanca, que tuvistes
Una azucena por cuna
Cuando en el Edén nacistes,
Y que á España descendistes
En un rayo de la luna;

Perí que tal luz destellas
De tus ojos soberanos,
Que no sirven las estrellas
Ni para montar con ellas
Los anillos de tus manos:

Déjame, perla ó mujer,
Tu faz pálida adorar,
Luz en tus ojos beber,
Y, el hálito hasta perder,
Tus piés de nácar besar!

JOSÉ ZORRILLA.

FLAQUEZAS DE ELLOS. (1)

LOS DIPLOMÁTICOS DE DERECHO DIVINO.



OMO los santones y los hombres serios, no se hacen, nacen.

Ya de niños demuestran instintos cancillerescos y estudian historia con preferencia á todos los ramos del saber humano.

Distingo, no estudian la historia para hacerse historiadores, sinó *historiantes*.

Me explicaré.

De la misma manera que el que juega de cuando en cuando y no hace del juego su modo de vivir, sinó que ha jugado alguna vez, no es jugador sinó jugante (*de jugans-tis* en latín), lo mismo que el que sin pasarse su vida leyendo y comparando presupuestos, escribe ó habla alguna vez de Hacienda ó es ministro del ramo, no es hacendista, sinó *hacendante*; así los diplomáticos de derecho divino, que sin estudiar á fondo la historia universal, hablan con frecuencia de la cuádruple alianza, del tratado de Utrech, la paz de Westfalia, no son historiadores, sinó *historiantes*.

Los que para pronunciar la R dicen *egue*, tienen ya mucho adelantado.

Si á esta circunstancia unen una decidida preferencia por los perros ratoneros, y los miman y los llevan á paseo, no deben vacilar, están cortados para la diplomacia.

Pero no anticipemos los sucesos.

Quando en el parterre del Retiro ó en los jardinillos de Recoletos veáis un niño con las piernas al aire en el mes de Enero, pálido y chupadito, grandes melenas y enormes cuellos, acompañado de una aya inglesa de esas que todavía llevan ridículo y tirabuzones de color de canela; decid para vuestros adentros: «Hé ahí un embrión de diplomático de derecho divino.»

Porque no es lo mismo ser diplomático, que serlo de derecho divino.

Los primeros se hacen; el estudio general, los co-

(*) Este título, que no pertenece al intencionado artículo inserto á continuación, comprende una colección de trabajos humorísticos de varios distinguidos colaboradores que nos proponemos publicar, tanto por creerlos del agrado de nuestras lectoras como para poner de manifiesto la injusticia con que los infatigables detractores del sexo bello le atribuyen, para perseguir sus fines exclusivistas, condiciones de carácter que son comunes á entrambas mitades del género humano.

nocimientos de derecho de gentes, una vida larga política y parlamentaria, el conocimiento de la política y la administración de distintos países, alguna ó todas estas circunstancias, pueden hacer un diplomático, que en cualquiera de los grados de la carrera preste á su país eminentes y utilísimos servicios.

Pero este no es el diplomático de derecho divino, es decir, el que lo es, porque no puede menos de serlo, como cojean los cojos y vizcan los vizcos, de un modo orgánico; de tal modo que en principiando su carrera, no comprende que pueda haber Gobierno que se pase sin él. Considera su cargo como cosa propia, no se le ocurre que puedan declararle cesante.

A estos diplomáticos, que por ley natural están llamados á serlo, decía que se les conoce desde pequeños, y á medida que crecen aumentan los síntomas.

Uno de los más característicos, es el de afrancesar el español y vestir á la inglesa.

El pollo que le dice á su sastrero cuando el frac marca el talle de un modo correcto «Ol raid», que viste de mañana un traje escocés de grandes cuadros, que pasea á su lacayo en una araña, y que para disculpar cualquier afición insustancial exclama «C'est plus fort que moi», será indudablemente diplomático de derecho divino.

Con estos antecedentes, estas circunstancias y alguna vez la carrera de abogado, que así sirve para la diplomacia como para ser secretario de ayuntamiento, un par de viajes á París y tres veranos en Biarritz, ya está cualquier joven ciudadano en condiciones de ser agregado sin sueldo, ó joven de lenguas.

Y se las hacen de él sus compañeros y sus jefes, va á China ó á Marruecos, al Brasil ó á la América del Norte y lo pierde de vista la sociedad madrileña por espacio de cierto número de años.

Con motivo de una traslación, vuelve, y vuelve delicioso. No es un hombre, es una nota diplomática; trae un *monocle* en el ojo izquierdo, una roseta en el ojal de la levita, el sombrero es inmenso, fuma cigarrillos rusos de color de rosa, y cree de buena fe que nada de lo que aquí ocurre, ni en la política, ni en ningún ramo de la actividad humana, importa un ardite, estando muy persuadido de que desde el Presidente del Consejo hasta el Administrador de loterías de Vitigudino, sólo piensan en el tratado de comercio ó de extradición que España celebró con X, punto en cuya legación se hallaba cuando se firmó el documento.

Se asombra cuando ve que no todas las personas con quienes trata distinguen entre un Embajador, un Ministro plenipotenciario y un Encargado de negocios; y porque á un diputado, de procedencia progresista, le oyó decir en el Congreso que debían rebajarse los sueldos diplomáticos, exclama casi accidentado «Drôle d'homme, il ne sera jamais chef de Legation».

Su paso por Madrid es un suplicio.

Desde el aceite con que le aderezan la ensalada, hasta el francés que habla el Ministro de Estado, le atacan á los nervios; transije con el teatro Real, aunque le molesta que no todos los acomodadores lleven frac, pero le horrorizan los teatros por funciones; dice *bis bis* cuando desea que se repita una pieza musical, y es uno de los pocos habitantes de Madrid que lee á diario *El Memorial Diplomático*.

Compra *Le Figaro* y *El Times* todos los días en la librería de Fe, almuerza en Fornos, pide pan *de centeno* y adereza el *caviar* con manteca y limón, no bebe vino, sinó *the á pasto*, lleva botas á la inglesa, y el sombrero se lo pone generalmente de manera que el lazo de la cinta quede por delante.

Al salir del restaurant *estruja* en la mano izquierda el guante de la derecha y los periódicos extranjeros, sale muy de prisa y se va á hacer visitas.

Realmente de diplomacia sabe poco, pero como la generalidad sabe menos, y por otra parte es esta una ciencia que no vacilo en calificar de extensa, su poco saber, y la ignorancia agena, le hacen pasar por un verdadero Meternich.

Asciende á Secretario, recorre media Europa y llega al cabo de unos años á Jefe de Legación.

Ya tiene cincuenta y ocho y sin embargo no tiene canas, y la calva le reluce como huevo de avestruz.

Es particular como los diplomáticos de derecho divino tienen siempre y á cierta edad el pelo negro.

Decididamente, la química está mucho más adelantada en el extranjero.

Nuestro hombre se conserva delgado y tan esbelto como le es posible; no puede negársele que viste bien. Le han hecho senador y aspira á un título.

Ha llegado á la plenitud de la divinidad del derecho diplomático.

Entiende que es Jefe de Legación por derecho propio; y porque una vez se trató de mandar un hombre político á la Legación que desempeñaba, creyó de buena fe que iba á romperse el equilibrio europeo.

En el Senado es una planta exótica: desconoce por completo las tendencias de todas las agrupaciones políticas; no ha hablado nunca más que para decir sí, porque él siempre está con su gobierno, lo que no obsta para que cuando vuelva á su puesto se dé ciertos aires de legislador con sus colegas.

Mientras permanece entre nosotros, está completamente dedicado á la sociedad y no hay sauterie á que no concurra, ni *matinée* que no hermosee con su presencia: á fuerza de hacer visitas está hecho una tarjeta, porque es de advertir que el clima de Madrid le adelgaza, y que no se acostumbra á nuestros usos, siendo un verdadero extranjero en su patria.

Algunas tardes va á los toros con clak y siempre lleva zapato bajo y calcetín de seda azul, con estrellas plateadas, se pone un *bouquet* en el ojal del frac y para ir á palacio tiene sombrero de tres picos, de los que se pliegan para llevarlos debajo del brazo.

En las levitas, todas á la inglesa, lleva una roseta multicolor, y en la corbata un alfiler pompeyano que él llama *camée*.

Sólo lee memorias, y no habla más que de diplomacia y de las carreras, no las del Estado, sinó las de caballos, y cuando ha sabido que en España se ha establecido el libro de oro, su entusiasmo no reconoce límites.

Todavía es enamorado y encuentra á las mujeres españolas cierta gracia.

Sin embargo, dice que adolecen de grosería; y se funda en que hace pocas noches, cenando en Fornos con dos horizontales españolas, que habían abusado del vino de Sanlúcar, una de ellas al ver á nuestro Meternich, que se quitaba el *pardessus*, espléndido de frac, con flores en el ojal, la calva reluciente, el bigote negro y retorcido, y el calcetín más azul y más provocador que nunca, exclamó:

¡Ay qué sota!

J. VALERO DE TORNOS.

SECCIÓN CIENTÍFICA.

HIGIENE DE LA BOCA.

(CONTINUACIÓN).

DENTÍFRICOS NEUTROS Ó INERTES.

Para poder usar cualquiera de ellos no debe ser la saliva ácida, no ha de haber dientes cariados ni depósitos de tártaro (*sarro*) y ha de estar íntegra la capa que tapiza la boca (*mucosa*).

Estos dentífricos se pueden subdividir en:

A.—SÓLIDOS. El polvo debe ser tamizado, impalpable.

1.º—Polvos dentífricos neutros con lirio.

- Polvos de lirio de Florencia. 20 partes.
- Creta lavada. 10 »
- Piedra pómez porfirizada. 10 »
- Tintura de ámbar almizclada (*). 1 »

Se mezclan exactamente estas sustancias y si se quiere se les puede dar un ligero tinte de rosa.—Usados de la manera dicha y en los casos indicados estos polvos pueden prestar buenos servicios.

2.º—Id. id. id. con carbón.

- Carbón en polvo. 20 partes.
- Quina gris en polvo. 10 »
- Esencia de menta. 1/10 »

Esta preparación, muy usada, como todas las que contienen carbón, da al borde de las encías con el tiempo un color gris muy pronunciado, indeleble, que se debe á la penetración de las partículas de dicha sustancia.

B.—LÍQUIDOS. Aguas aromatizadas con una tintura cualquiera. Los más usados son:

3.º—Alcoholato de menta.

Irritante.

(*) Esta tintura se prepara: ámbar gris, 1 parte; almizcle, 1; éter sulfúrico alcoholizado, 70. Macérese durante dos días y fíltrese.

4.º—Agua de Botot.

- Semilla de anís. 8 partes.
 - Clavos. 20 »
 - Canela machacada. 20 »
 - Aceite de menta. 10 »
 - Cochinilla en polvo. 4 »
 - Alcohol de 60°. 22 »
- Irritante.

5.º—Elixir de Lefoulon.

- Tintura de vainilla. 15 partes.
 - Tintura de píretrum. 125 »
 - Alcoholato de menta. 20 »
 - Id. de romero. 20 »
 - Id. de rosas. 60 »
- Irritante.

C.—OPIATAS.

6.º—Opiata dentífrica.

- Polvos de lirio de Florencia. 20 partes.
- Creta lavada. 10 »
- Piedra pómez porfirizada. 10 »
- Tintura almizclada de ámbar. 1 »
- Glicerina. la necesaria para hacer una pasta de consistencia dura.

Útil en los casos antes señalados.

DENTÍFRICOS ALCALINOS.

Deben usarse cuando la saliva sea ácida ó neutra, cuando haya caries, falte el tártaro, existan mucosidades blanquecinas á lo largo del borde de las encías y en los dientes y esté la mucosa sana ó más ó menos inflamada.

A.—SÓLIDOS. Se preparan con magnesia, bicarbonato magnésico, cálcico ó sódico y biberato sódico (bórax).

7.º—Polvos dentífricos alcalinos con lirio.

- Polvos de lirio florentino. 30 partes.
- Creta lavada. 10 »
- Magnesia. 10 »
- Piedra pómez porfirizada. 10 »
- Tintura almizclada de ámbar. 1 »

Mézlense y déseles color de rosa.—Pueden usarse en las condiciones expresadas.

8.º—Id. id. id. de Deschamps.

- Talco de Venecia. 120 partes.
- Bicarbonato sódico. 30 »
- Carmin. 3/10 »
- Esencia de menta. algunas gotas.
- Id. id., pero como llevan carmin no hace falta colorearlos.

B.—LÍQUIDOS. En su composición entra el agua de cal, la de Vichy, la solución de biberato sódico, el amoniaco, aromatizados con una esencia ó con algunas de las preparaciones designadas con los números 3, 4 ó 5.

9.º—Alcoholado dentífrico amoniacal con anís.

- Alcohol de 80°. 40 partes.
- Amoniaco 0'02. 9 »
- Esencia de anís. 1 »

Mézclese y pónganse algunas gotas en un vaso de agua.—Aun así puede ser irritante.

C.—JABONES. Útiles cuando la saliva es muy ácida, pero siempre tienen un sabor muy desagradable.

10.—Jabón dentífrico blando.

- Talco de Venecia. 120 partes.
- Piedra pómez porfirizada. 10 »
- Jabón medicinal pulverizado. 25 »
- Glicerolado de almidón. 20 »
- Glicerina. 20 »
- Esencia de menta. 2 »
- Id. de clavos. 1 »

Calientase al baño-maría, y se va agregando poco á poco agua hasta que la pasta tenga la conveniente consistencia.

11.—Id. pulverulento de Faguer.

- Jabón de magnesia. 20 partes.
- Carbonato cálcico precipitado. 18 »
- Esencia de rosas. 1 »
- Id. de menta. 1 »
- Id. de lavándula. 1 »
- Carmin. 2/10 »

—DR. R. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.

(La conclusión en el número próximo.)

RECUERDOS DE VIAJES.

LA ANCIANA DEL CEMENTERIO.



LLEVADA por el eminente maestro y compositor, el Comendador Franz Liszt, para tomar parte en un concierto, á favor de los pobres de Tivoli, en diciembre de 1880, nada me era más grato que este viaje que, contribuyendo á un objeto benéfico,

me permitía visitar de nuevo sus monumentos y pintorescos alrededores.

Al día siguiente del concierto, muy de mañana, mi madre y yo fuimos en coche al trote de dos briosos caballos al pueblo de Castellgandolfo. Su Eminencia el Cardenal Di Pietro había puesto á nuestra disposición su palacio; mis pasos se dirigieron desde luego á la mansión del gran señor, con quien me ligaban los lazos de la hospitalidad. Hermoso por sí mismo el palacio, sirve de punto de vista á un admirable cuadro. Allá lejos el Mediterráneo, los Apeninos coronados de nieve, los restos del Acueducto gigantesco, los sepulcros de la Vía Appia; Roma en fin, la vieja Roma á nuestros piés, y la campiña matizada con mil colores, tropezando los ojos por todas partes con las ruínas, orgullo en otro tiempo de la Reina del Mundo. El lago de Castellgandolfo está rodeado de colinas, y sobre una de estas se levanta el palacio del Cardenal ocultando en sus faustosidades los restos del Alcázar del Emperador Diocleciano.

Para descansar la vista de tan variadas escenas bajé al lago, visité á los pescadores, mojé mis manos en la gruta de Venus y me dirigí al cementerio: esta es una visita siempre grata á los corazones sensibles y á los temperamentos melancólicos, y nunca he dejado de hacerla en mis viajes.

Si la conversación con los vivos enseña cosas del mundo, el contacto silencioso con los muertos nos instruye respecto de la eternidad: la juventud no se opone á la meditación: en un cementerio los veinte años se convierten en cincuenta. Un instante de reposo y verdad corrige muchas horas de vanidad y orgullo. Si todos tuviéramos el amor del cementerio, muchos dolores de odio vendrían á ser dolores de amor: la tristeza inocente purifica. Cruces y flores veía solamente á mi alrededor, y algún fragmento de columna que se había burlado de los siglos. Yo no sé si será robar á los difuntos, cojer algo de las tumbas: donde veo flores, las tomo: arranqué pues algunas margaritas, hurto oloroso que he cometido con frecuencia.

Todo es silencio en aquel encantado retiro de la muerte. Llegan unos gemidos hasta mí. ¿Qué sollozos vienen á lastimarme el corazón? Apresuro el paso; una anciana arrodillada junto á una losa está besando apasionadamente el suelo y la yerba que lo cubre. Al levantar el rostro dos gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas marchitas y pálidas.

—Por quién lloráis, buena señora? le pregunté.—Por mi hija, respondió. El dolor infunde confianza: llegueme á ella, tomele las manos y le dije: Era joven? —Como vos, señorita, 18 años.—¿Cómo se llamaba? —María.—Contadnos ese triste suceso, añadí: Nosotras no huimos de las desgracias ajenas. Llegó mi madre, y la buena mujer no se hizo de rogar: los dolores que no se pueden referir deben ser los más terribles; las lágrimas que no pueden correr francamente son las más amargas.

«Era yo feliz en mi pobreza, señorita, muy feliz, empezó á contar la anciana madre. Mi marido, jardinero del príncipe Torlonia, adoraba en mí: Juan, mi Juan, Dios sabe si era bien correspondido. Como por milagro, la Virgen nos dió una hija, después de muchos años de matrimonio.

»Amábamos la vida, ¡ay señoras! Un día se fué mi marido allá, de donde no se vuelve otra vez.

»El cólera apareció en el pueblo meses después y María, que era el angel de consuelo para todos los enfermos y desvalidos, tuvo que guardar cama, agravándose por momentos y se la administraron los últimos sacramentos.

«Madre, me dijo, tráeme flores, muchas flores, mi fin se acerca, la Madonna me tiende sus manos, y quiero morir como en la primavera.»

»Bajé al jardín, despojé los rosales y jazmines y con aquellas flores cubrí su lecho.

»Mi María cojió un capullo de rosa blanca, secó con él sus lágrimas, lo besó, y dándomelo dijo:—Toma esta flor, madre mía, es el alma de tu hija.» Al decir esto, la aflijida madre sacó de su pecho un saquito en el que guardaba aquel recuerdo, mustio

por el tiempo, pero fresco por el rocío continuo de sus lágrimas.

Mirándome fijamente, me preguntó: «Pero quién soís, por qué habéis venido á ser testigo de mi dolor?» Soy, la contesté, emisario del sér que habéis perdido y vengo á consolaros.....

Arrancó la anciana unas hojas del capullo, y entregándomelas dijo. «Llevadlas siempre, esta flor trae suerte á los buenos.»

Elevé mi vista al cielo, y me pareció que me sonreía una esperanza.

Apoco, nuestros caballos marchaban algalope hacia Roma; pero al llegar á la tumba de Cecilio Metella en la Vía Appia, deposité en ella mis margaritas del cementerio.

E. CERVANTES.

LA PRINCESA DE GALES Y LA MODA.

INGLATERRA no tiene ninguna princesa que en las cosas de la moda dé el tono de la manera como la emperatriz de Francia dictaba desde las Tullerías al mundo femenino del universo lo que había de llevar. Sin embargo, la princesa de Gales no deja de ejercer cierto influjo en la manera de vestir de las señoras inglesas. Sin participar de las utopías de las reformadoras del traje femenino, observa en su propio traje las reglas del sentido común; tiene buen gusto y su figura elegante hace inútil toda enmienda contraproducente artística y artificial. Por de contado, las que pretenden capitanear en este respecto á la sociedad de Londres que presume de elegante, son las modistas y confeccionistas de París, y no es fácil oponerse á las extravagancias de estas tiranuelas, pues todavía son excepciones en la buena sociedad las señoras de espíritu puritano que han adoptado el sombrero cuáquero y el corte favorito de las salvadoras.

La princesa de Gales se ha propuesto la tarea de oponer una valla á las extravagancias de la moda en cuanto le sea posible, y áun cuando no ha conseguido ejercer una influencia correctiva en la elección del color y del corte de los vestidos, sin embargo ha ganado una victoria decisiva con respecto á dos extralimitaciones especialmente feas y chocantes. En la velada dada con motivo de la exposición de pesca llevaba un sombrero pequeño, apretado, cuya baratura excitó la cólera desmedida de las innumerables artistas en sombrerería (alias modistas de sombreros) de Londres, que iban vociferando que la Princesa quería arruinarlas predicando la mezquindad y corrompiendo el gusto. A despecho de la Princesa, las modistas trataron de imponer á las

parroquianas su género chavaçano, sosteniendo que sus sombreros, veinte veces más grandes que el de la Princesa y adornados de plumas largas de una vara, eran la perfección de la belleza. Trataron de fascinar los ojos del bello sexo con los colores más relucientes, pero no lograron su intento, pues ahora en todos los aparadores de Londres no se ve otra clase de sombrero que el pequeño de la Princesa ó más pequeño aún, si bien naturalmente no más barato.

La segunda victoria tiene áun más importancia si cabe. La crinolina, esa bizarra extravagancia á la que el populacho de Londres dió el apodo de vaivén,



MUJERES HERZEGOVINAS EN CAUTIVERIO, cuadro de José Hottario.

ha sucumbido al desprecio de la Princesa que no ha tolerado ni un solo momento ni en su propia persona ni en su servidumbre ese aparejo extraño. Y lo que la oposición negativa de la Princesa no pudo evitar, lo exterminó el escarnio de los chiquillos callejeros de Londres que derramaron sus bromitas, no muy finas que digamos, sobre las figuras que en trajes elegantes remedaban la andadura de los ánades. En Inglaterra la muerte de la crinolina no deja esperanza de éxito para el miriñaque, del que aquella era una especie de prelude ó de tentáculo para explorar el terreno. Es una conquista social que el sexo fuerte ha de agradecer á la Princesa.

MISCELÁNEA.

En los últimos actos del examen local superior, en la universidad de Cambridge, Inglaterra, se han presentado cerca de mil mujeres. El francés, latín, griego y literatura inglesa son los puntos en que han estado más brillantes. Al lado de esto podemos citar la opinión del distinguido escritor francés Mr. Legouvé, quien, como presidente de un concurso en París, manifestó que los adelantos de las jóvenes en ciencias habían sido más notables que en literatura.

En el *Diario de Avisos*, de Zaragoza, aparece un sentido artículo del Director del establecimiento penal, cuyo asunto conmueve profundamente.

Setrata de la lucha contra ciertas preocupaciones de la sociedad, valla difícil de salvar y tanto más en un caso tan especial como el de dar apoyo á un penado que extinguió su condena. El Director requiere los esfuerzos que su protegido ha hecho en busca de ocupación decente para ganar su subsistencia; las desilusiones que él mismo ha sufrido al recomendarle y cerrarsele todas las puertas al saber que fué un presidario.

Para vencer obstáculos tan grandes apela á la filantropía, pidiendo que, bajo la protección especial de las damas, siempre caritativas, se funden sociedades que tengan por objeto guiar por el camino del bien á esos seres desgraciados que aspiran á volver al seno de la sociedad después de haber estado alejados de ella.

LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER con todas sus fuerzas coadyuvará á la empresa que tienda á este fin, excitando por su parte al bello sexo, que tantas pruebas ha dado de caritativo, para que lo demuestre una vez más.

El rector de la universidad de Liege, en la alocución que dirige al claustro al inaugurarse cada año los estudios, ha enumerado las reformas que cree necesarias para mejorar y extender en Bélgica la educación de las mujeres.

La célebre artista Sarah Bernhardt, acaba de ser conde-

anada á pagar una letra de cambio de ciento diez mil francos que suscribió en unión de su esposo M. Damala á favor de M. Mayer, conocido empresario, á título de indemnización por no haberse realizado el viaje artístico para que había sido contratada con su compañía.

En su poco conocimiento de negocios mercantiles Sarah Bernhardt no previó en el momento de firmar las consecuencias á que podía obligarle el no cumplimiento de lo estipulado, y ahora M. Mayer cobrará la importante suma del sueldo de la artista, realizando un magnífico negocio sin exponer su capital.

Lástima que en las contratas de artistas que desconocen por completo el derecho no interviniese alguna persona preita que evitase tan fatales consecuencias.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, números 21 y 23.

Los rvaad á los derechos de propiedad literaria y artística.



Correspondiente al núm. 14 de «La Ilustración de la Mujer»
Barcelona 15 de Diciembre de 1883.

SUMARIO:

TEXTO.—Revista de salones y modas, por D.^a Josefa Pujol de Collado.—Explicación de los grabados, por F.—Revista de Barcelona, por D.^a Dolores Monserdá de Maciá.—La buena madre, por D. Cecilio Navarro.—Etiqueta social, por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—El pecado de Magdalena, novela original de ***.—Las señoritas de Montrobert, por E. Marcel.—Sección recreativa.

GRABADOS.—1 y 2. Trajes de calle y de recepción.—3 y 4. Bata matinee para señora y batita para niño de 4 años.—5 á 10. Panorama de trajes de casa y paseo.—11. Traje con draperie.—12. Traje con túnica redingote.—13 y 14. Dos trajes de soirée.—15. Lazo de corbata adornado de una flor de encaje.—16. Adorno de alas pequeñas para sombreros.—17. Peinado con tres horquillas de concha.—18. Peinado adornado de coronas de rosas.—19. Zapato adornado de una moña de trencillas.—20. Tres hor-

quillas de concha para la cabeza.—21. Zapato atado por un lazo con hebilla.—22 y 23. Trajes de soirée.—24. Salida de baile. Manteleta visita abierta en chal.—25.—Cuello oficial de encaje irlandés.—26. Manga que hace juego con el cuello del mismo encaje.—27. Espalda del figurín n.º 14.—28. Ramo de flores para guarnecer trajes de baile.—29. Abanico de plumas.—30. Salida de teatro drapeada por detrás.—31 á 34. Trajes para niñas. FIGURÍN ILUMINADO: Trajes de novia y de invitadas á bodas.

REVISTA DE SALONES Y MODAS.

CUANTOS recuerdos de espléndidas fiestas pasadas se agrupan hoy á nuestra imaginación reclamando un lugar en la presente revista!

Madrid se ha presentado recientemente á nuestra vista bajo un aspecto más característico y seductor. La animación y la alegría han trascendido desde los lujosos y bien templados salones, morada favorita de la elegancia madrileña, á las hermosas pero frías calles, sin importarles gran cosa las infortunadas caricias del despiadado Guadarrama. Es cierto que el sol nos ha enviado sus rayos con cariñosa solicitud, pero el sol de hoy no se parece por cierto al de los meses de Julio y Agosto, sus rayos no calientan; más bien parece el astro propio de los países del norte, que el destinado á alumbrar las rientes comarcas del espléndido Mediodía.

Pero ¿qué importa el sol, qué significa el frío para los hijos del bullicioso pueblo madrileño cuando contempla fiestas en perspectiva? Cada hijo de vecino, arrebujaado en su capa, se halla siempre dispuesto á lanzarse á la calle en parecidas circunstancias, ansioso de prestar al común regocijo su valioso contingente.

Por eso, porque tal es el carácter distintivo de Madrid, han participado de las reales fiestas, y casi por igual, el pueblo y la aristocracia.

Magnífica estuvo por varios conceptos la función dada en el Real en obsequio al Príncipe imperial de

Alemania. Cantose la ópera *Mefistofele*, del maestro Boito, cupiéndole perfecto desempeño por parte de

todos los artistas. Masini cantó con la maestría que acostumbra, alcanzando generales y merecidos aplausos.

Llenaba el regio coliseo cuanto de selecto encierra Madrid en todas las esferas. Todo el mundo, incluso los Reyes, acudieron con rara puntualidad. A las ocho y media ofrecía la sala de espectáculos deslumbrador golpe de vista, vistiendo las damas traje de etiqueta, escotadas y manga corta.

SS. MM. y el príncipe Federico Guillermo ocuparon el palco de proscenio que suelen ocupar habitualmente, y la reina madre y las infantas el palco destinado los otros días á la servidumbre. Renunciamos á consignar la interminable lista de nombres: fueron muchas las personas distinguidas que asistieron á la función, siendo en razón á su clase y gerarquía las mismas que mencionaremos luego, al tratar de las demás fiestas palatinas.

Los Reyes y el Príncipe permanecieron en sus palcos hasta la conclusión de la ópera, y el público despidió al augusto huésped de nuestros monarcas con una salva de aplausos.

La recepción del Ayuntamiento en honor del Príncipe imperial de Alemania fué verdaderamente suntuosa, en armonía con la importancia de la corporación que la ofreciera.

Poco antes de las nueve de la noche se interrumpió por completo el servicio de tranvías por la calle Mayor, y una interminable fila de carruajes veía detenida junto á la primera casa consistorial de esta



1 y 2.—Trajes de calle y de recepción.

villa y corte, conduciendo á los invitados á la fiesta.

Pequeño era el vestíbulo de la Casa de la Villa para la gente allí reunida. El edificio hallábase adornado de un modo suntuoso, produciendo encantador golpe de vista la ancha escalera, atestada de flores y custodiada por maceros, alguaciles, cocheros, carreristas y palafreros, todos luciendo vistosos uniformes.

No desmentían por cierto los salones las esperanzas que hicieron concebir á los convidados las piezas exteriores, y la animación llegaba á su colmo, cuando la orquesta saludó con los majestuosos acordes de la marcha real, la llegada de los Reyes.

Vestía la reina Cristina, con la elegancia que le es habitual, traje de raso azul celeste adornado con blondas negras y flores. Costosísimos brillantes de gran tamaño constituían su prendido y una *rivière* con caprichosos colgantes, al par de un magnífico peto de brillantes también, completaban su traje de baile, suntuoso y digno en un todo de una reina.

De azul celeste con cuerpo y manto de terciopelo granate y aderezo de perlas, vestía S. M. la reina madre y de brocatel con rosas y prendido de brillantes la infanta Eulalia.

Llamó mucho la atención la infanta Isabel, que ostentaba preciosa *toilette* de damasco blanco, bordado en oro y valiosos diamantes.

El Rey vestía uniforme de capitán general, cruzando su pecho la banda amarilla del Aguila Negra.

El Príncipe imperial de Alemania, el uniforme de coronel del regimiento de coraceros de su mando, con la banda de San Fernando y las insignias de la orden de la Jarretiera.

¿A qué hacer una descripción minuciosa de los trajes de las damas? En su confección se agotó el buen gusto de las modistas madrileñas y el de los *modistos* franceses. El terciopelo, el raso, los encajes y las piedras preciosas destacaban en todas direcciones, prestando mayor realce á las aristocráticas bellezas allí congregadas.

Era tal la afluencia de gente, que á duras penas podía transitarse por los salones del Ayuntamiento, motivo este más que suficiente para que no nos fuera dable precisar con exactitud el número de damas que concurrieron á la fiesta.

Las reales personas conversaron amablemente con varios concurrentes, hablando generalmente en francés el Príncipe imperial de Alemania, particularmente al dirigirse á los individuos del cuerpo diplomático extranjero.

El príncipe se extendió en luminosas consideraciones acerca los notables cuadros que enriquecen nuestro museo de pinturas, al hablar con el ministro de Holanda.

A las doce y media se abrió el *buffet*, servido por Lhardy, y poco después se despidió la familia real.

Empezó el baile á la una y media y á las cuatro de la mañana todavía permanecían en los salones del Ayuntamiento gran número de los convidados.

Los salones estuvieron alumbrados con luz eléctrica.

El decorado del salón central fué confiado al inteligente artista Sr. Taberner, mereciendo justos elogios.

El tocador dispuesto para S. M. la reina, se hallaba elegantemente adornado con flores naturales.

El concierto que tuvo lugar en Palacio estuvo brillantísimo y revistió seductor aspecto. Los artistas del Real Sras. Gargano, Theodorini y Sr. Masini, llegaron al Alcázar á las nueve de la noche, coincidiendo su llegada con la de gran número de invitados. La sala de tapices, la de las armaduras y el salón llamado de los espejos, se hallaban espléndidamente iluminados, é invadidos por distinguida concurrencia.

A las diez empezó la fiesta, hora en que se presentó en los salones la familia real.

Traje de color de rosa con prendidos de cerezas lucía la reina Cristina, además de soberbia diadema de brillantes, en forma de hojas, collar, pulseras y peto de brillantes. La reina madre vestía también traje de raso color rosa, con la sola diferencia que sus adornos eran de encajes blancos y flores, diadema de estrellas de brillantes centelleaba en su cabeza, luciendo perlas y esmeraldas en el pecho y brazos.

La infanta D.^a Isabel vestía de azul, ostentando un collar con seis hilos de perlas de extraordinario tamaño, y la infanta D.^a Eulalia vestía, con adorable sencillez, un lindo traje de gró blanco con aderezo de brillantes y záfiros.

La *crème* de nuestra nobleza asistió en masa, los crústas cantaron, admirablemente, mereciendo grandes y justificados elogios. A la terminación del con-

cierto los convidados fueron obsequiados con un espléndido *thé*.

Durante la velada fueron objeto de la atención general los magníficos regalos hechos á nuestro monarca por el anciano emperador de Alemania, que se hallaban convenientemente colocados en el salón de tapices. Consisten dichos regalos en un lindísimo basamento de bronce, sobre el que descuella la estatua también de bronce de Federico I el Gran Elector, y además un busto del Príncipe imperial con uniforme de coracero.

A las dos se retiraron las reales personas.

En la recepción celebrada en Palacio con motivo del cumpleaños de S. M. el Rey, lució nuestra joven soberana elegantísimo traje blanco de raso con franjas y fleco de oro, con brillantes en la cabeza, garganta, hombros y brazos.

La infanta Isabel, de gró azul marino, y la infanta Eulalia, de rosa granate, con prendidos ambas de brillantes. La duquesa de Medina de las Torres vestía de azul, de rosa pálido la de Osuna, la marquesa de Monistrol, de morado, la de Miraflores, de color de hoja seca, la condesa de Superunda, de morado y la de Puñonrostro de granate.

Unas dos mil personas acudieron al real alcázar á felicitar á los reyes, asistiendo numerosas comisiones. La música de *abarderos* ejecutó escogidas piezas durante el acto, y el Príncipe imperial presenció la recepción desde la puerta de entrada al salón del Trono.

También fué por todos conceptos notable la retreta con que las músicas de la guarnición de Madrid obsequiaron al heredero del trono alemán.

La noche se presentó desapacible como pocas; un viento helado y persistente invitaba á los madrileños á no abandonar la grata compañía del brasero ó de la chimenea, y el barro acumulado en las calles hacía difícil por extremo el paso de las gentes. A pesar de ello, inmensa multitud invadió las calles por donde debía pasar la retreta, y á sesenta mil personas aproximadamente se hacía ascender el número de curiosos que invadieron aquella noche los alrededores de Palacio.

Tocaba á su fin el banquete palatino, cuando la retreta penetraba por el Arco de la Armería. La familia real y su séquito se asomaron al balcón central para oír la serenata y presenciar el singular espectáculo que ofrecía la plaza. La reina Cristina vestía un precioso traje de gró blanco, y riquísima diadema de brillantes alternaba con grupos de flores blancas en su cabeza. La reina madre ostentaba traje de terciopelo con los colores de la bandera alemana, la infanta Isabel vestía de terciopelo negro con prendido de brillantes y esmeraldas, la infanta Eulalia de terciopelo granate.

S. M. el Rey ostentaba el traje de coronel de huanos, y el príncipe Federico Guillermo el uniforme de ayudante del emperador.

Las diversas bandas que tomaron parte en la retreta ejecutaron notables piezas de música alemana y española, poniendo de su parte cuanto les fué posible para dar la debida unidad al conjunto.

Terminó la fiesta militar á las doce, y la muchedumbre, aterida de frío, aburrída por no poder oír casi nada, se retiró á sus casas molida y maltrecha, renegando de la fiesta y temiendo que una pulmonía le sirviera de desagradable remate.

Cierra la brillante serie de las fiestas palatinas, anteriormente descritas, el baile de palacio, digno coronamiento de los pasados festejos.

La grandeza de nuestro alcázar, las maravillas que atesoran sus dilatados salones, la esplendidez proverbial de la corte castellana y la belleza y buen gusto de nuestra damas, se puso de manifiesto, quizá más que nunca, en la soberbia fiesta dada por nuestros monarcas á su egregio huésped.

Ciertamente que la imaginación más fantástica se consideraría pobre y mezquina, aun cuando tuviera por intérprete la pluma mejor cortada, si tomara á su cargo la difícil empresa de dar lijera idea á las lindas lectoras de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER del lujo, del esplendor, desplegados en la régia fiesta.

Salón del Trono, antecámara, cámara, sala de armas y tapices, salón de espejos y porcelanas, las piezas todas de la morada de nuestros reyes arrojaban torrentes de luz, y á despecho de la desapacible noche disfrutábase en ellos de una temperatura casi tropical, de deliciosamente embalsamada con los mil aromas de las flores, que por doquiera erguían sus tallos con la misma gallarda lozanía con que se ostentan

en la praderas durante la hermosa época del año presidida por la risueña Flora.

Cuando la familia real acompañada del Príncipe imperial se presentó en los salones, dispuestos para la fiesta, unas dos mil personas discurrían por las vastas estancias, prestando realce al fastuoso conjunto, á los acordes de la marcha real.

Bailaron el rigodón de honor, el Rey con la reina madre, la reina Cristina con el príncipe Federico, la infanta Isabel con el general Bumenthal y la infanta Eulalia con el ministro de Estado.

SS. MM. bailaron, además, con diferentes personajes de la corte. Cuanto de notable encierra Madrid así en nobleza como en política, artes y ciencias acudió aquella noche al palacio de la Plaza de Oriente.

A las once se abrió el *ambigu*, á la una el *buffet*.

La familia real se retiró á sus habitaciones á las dos de la madrugada, pero la fiesta duró hasta el amanecer.

Para este baile, que forma época en los anales palaciegos, la reina Cristina vistió vaporoso traje rosa con tul bordado de oro y plata, prendido de guirnaldas de hortensias y *vivière* formada de hilos de brillantes.

Al príncipe Federico, que es alto, bien formado, con ojos azules, le sentaba perfectamente su blanco uniforme de coracero de la Guardia y lucía en su pecho la gran cruz de San Fernando que le regaló como obsequio especial el rey Don Alfonso, quitándose la de su uniforme.

Basta ya, amadas lectoras mías, de régios festejos: para dar el necesario claro oscuro á nuestras revistas, ejerciendo además saludable y práctica influencia en el hogar, nos preparamos á hablar en nuestra correspondencia próxima de ropa blanca, detalle doméstico que no debe descuidar ninguna ama de casa sensata y previsora.

Hoy, á causa de haber dado más extensión de la acostumbrada á nuestro trabajo, en lo que á modas se refiere diremos tan sólo que siguen gozando de gran privanza los brochados, el terciopelo, el raso y las gasas, estos últimos para trajes de baile y reunión, y en cuanto á peinados son preferidos los pequeños que velan graciosamente la frente.

Dos modelos lindísimos de sombreros han fijado nuestra atención, el *Amazona* y el *Girondino*. Era el primero de fieltro azul marino con ribete de terciopelo, con adornos de plumas y escarapela, la forma es de ala retorcida y algo aplastado hacia la frente. También es de fieltro el *Girondino*, color café oscuro, la copa es alta, lleva el ala izquierda levantada y plumas y cintas constituyen su adorno. De estos dos modelos hemos visto muchos en nuestros paseos.

Dos nuevas estrellas aparecen en el cielo del gran mundo, destinadas por su belleza é ilustre cuna á tener entusiasta acogida.

Es la una, la hija menor de la duquesa Angela de Medinaceli, que acaba de abandonar el colegio del Sagrado Corazón; la otra una preciosa niña de distinguida familia, que ha presentado la marquesa de Narros á la elegante sociedad madrileña. La atención general de los altos círculos se halla fijada en estas dos niñas: la inocencia, la juventud y la belleza es un triple encanto al cual no es dable sustraerse por fortuna en nuestra moderna sociedad donde tantas cosas pasan desapercibidas.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 de Diciembre de 1883.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1, 1 bis y 2. Trajes de paseo y de recepción.

1. Traje de paseo para jovencita de 16 años.—Falda primera de *côteline* gris, guarnecida de 2 plegados de terciopelo marrón, entre los cuales va un plegado gris: delantal corto, drapeado, forma lavandera, de *côteline* gris; gran lazo de terciopelo marrón, formando el *puf*. Cuerpo-chaqueta de aldetas, cerrado con cuello oficial de terciopelo marrón. Peregrina plegada, y atada por un lazo de terciopelo: charreteras del mismo terciopelo. Sombrero redondo de fieltro gris, con plumas grises: escarapela de terciopelo marrón.

1 bis. Traje para niña de 10 años.—Falda plegada de raso *loutre*, con volantito plegado, del mismo color: vestido casaca con puntas almenadas abajo, de terciopelo *loutre*: una *écharpe paniers* de raso *loutre* se ata por delante con una hebilla de oro cincelado, y se pone por atrás sobre un ancho nudo *puf* de terciopelo. El cuerpo se abre en el pecho sobre un *plastrón*-camiseta, plegado, de raso *loutre*; de cada lado, ricos botones del género de

la he' illa. Sombrero de fieltro *loutre*, guarnecido de terciopelo del mismo color, adornado de plumas color rosa.

2. Traje de recepción y comida.—Primera falda plegada, de otomana color marfil, con dos plegaditos en el borde color marfil y granate; la túnica, el cuerpo y las *draperies* del *puf* son de raso brochado, color marfil y granate. La túnica se compone por delante de dos pequeños delanteros drapeados y sujetos por largos lazos de terciopelo granate; un precioso encaje color marfil guarnece todo el traje. El cuerpo, que se abrocha sobre la cadera izquierda, forma un tercer delantal y un pequeño *puf* detrás; lazo largo de terciopelo granate puesto entre el *puf* y la *draperie*. Lazos en el hombro izquierdo, y las mangas del mismo terciopelo.

3. Bata matinée con doble manga.—Esta elegante matinée se hace de felpa de seda azul gris y raso del mismo color; va guarnecida de un encaje ancho cachemira colocado en trasparente sobre la felpa. El delantero de la bata, que es de raso, se hace sobre un forro liso frunciendo el raso en el cuello y en la cintura y en el delantal, como lo demuestra nuestro modelo. Transparente de encaje persa en las vueltas de las mangas ajustadas.

4. Batita de mañana para niño de 4 años.—Este trajecito se hace de franela á cuadros forrada de cachemir; fruncidos en la espalda, de los que salen cordones que se atan por delante: esclavina, cuello y vueltas de mangas de la misma tela con un borde de terciopelo.

5 á 10. Panorama de trajes de casa y paseo.

5. Traje con draperie delantal.—La falda se hace de pañete, plegada por delante y adornada por abajo con dos órdenes de picos estrechos. La túnica-delantal va bordada de rosas de lana roja y drapeada á los costados; el *puf*, que se cortará á hilo, tendrá 120 centímetros de ancho y 130 de largo; el cuerpo-chaqueta con aldetas, sobre cada una de estas va una rosa bordada como en la túnica. Este cuerpo se abrocha por dos órdenes de gruesos botones: las aldetas deben tener 8 centímetros de ancho cada una. Chaleco, solapas y vueltas de mangas de terciopelo azul.

6. Traje de dos telas.—La falda es de seda adornada de volantes fruncidos: la túnica y el cuerpo de rica lana con lunares de realce. Cuello, vuelta de manga y chaleco de seda lisa como la falda. Escarapela de cinta al costado izquierdo.

7. Traje para señora de edad.—El delantero de la falda va plegado: los dos lados de la *Redingote* de este traje van adornados de 14 cintas estrechas, lo mismo que todo el bajo de la *redingote* y las mangas. Rico *fichú* de felpillas.

8. Traje con cola botonada.—La falda de este elegante modelo es de terciopelo y va adornada de un pequeño plegado que por delante se oculta bajo el plegado de la túnica que es de lana á rayas rosa y negras, ó rojas y negras. La túnica cae derecha de los dos lados de delante; la cola es de terciopelo y tiene 110 centímetros de ancho y 118 de largo, siendo esta su mayor largura en el medio y ligeramente redondeada en los costados por abajo; esta cola se hará con una cintura de 4 centímetros de ancho, con sus ojales correspondientes para abrocharla á los botones que llevará la falda debajo del *puf*: de este modo se pueden usar diferentes colas con la misma túnica. El *puf* va drapeado; se deja muy largo y hueco. El cuerpo-chaqueta es corto y va guarnecido de un viés de terciopelo á pliegues que figura por delante un chaleco estrecho. La manga un poco abierta abajo, guarnecida de terciopelo y de un viés de lo mismo.

9. Traje con túnica pardesús.—Este rico traje se hace con túnica de *cheviot* gris azul con realces del mismo tono, y la falda de terciopelo azul marino. Los volantes van adornados en el borde de tafetán oro viejo y colocados en forma de tubo de órgano y fruncidos hacia el medio de cada pliegue. La túnica se recoge y completa por un *puf*. Los volantes deben tener 35 centímetros de ancho, y el borde de tafetán oro viejo 3 centímetros.

10. Gran abrigo con manga perdida.—Este modelo, de gran novedad y extremadamente elegante, se hace de terciopelo de brocado adornado de una ancha y rica guarnición de plumas. Una borla de oro y seda se coloca en la punta de la manga.

11. Traje con draperie.—Se hace de franela color bronce, guarnecida de terciopelo más oscuro; la falda va plegada, terminando por una tira de terciopelo de 15 centímetros de ancho, y la túnica delantal se corta de 150 centímetros de largo y 150 de ancho. Se levanta por medio de pliegues muy juntos, drapeada muy alta; por atrás termina con un *bouffant* frunciendo. El *puf* se compone de dos paños; el uno de 50 centímetros de largo y 90 de ancho, con una tira de terciopelo en el borde, frunciendo y puesta por debajo de la punta del cuerpo: el segundo paño tiene 57 centímetros de largo y 132 de ancho; va igualmente adornado de una tira de terciopelo y el frunciendo se coloca encima de la punta de la chaqueta. Esta va adornada de tiras de terciopelo por detrás y por delante, como lo demuestra nuestro figurín. Cuello alto y vuelta de mangas de terciopelo.

12. Traje con túnica redingote—La falda de nuestro modelo es de raso plegada y cubierta casi toda ella por la túnica *redingote*, de lana oscura á cuadros, ligeramente drapeada forma *paniers* por delante y dispuesta en *puf* por detrás; fruncidos en el hombro y en la cintura hacen figurar un cuerpo *fichú*, abierto sobre una camiseta de raso plegado. Escarapela de raso en el cuello derecho que es de la misma tela que la túnica; otra escarapela adorna la túnica en el costado izquierdo.

13 y 14. Dos trajes de soirée.

13. Traje con cola plegada.—Falda de tafetán *glacé* color rosa pálido. Esta falda por delante lleva un ancho volante cosido á pliegues anchos; sobre el cosido de este volante se coloca una *rouche* doble de tafetán color rosa, guarnecido todo de un encaje. Cuerpo y cola de raso blanco con rameado color rosa. Esta cola debe caer derecha y plegada en la espalda como lo muestra el modelo. Este lindo traje va guarnecido de una tira en el cuello y pecho y en las mangas de *marabut*; la cola debe ir forrada de fina felpa verde clara.

14. Traje con draperie.—La falda es de terciopelo liso y se hace á pliegues anchos. El cuerpo lleva cuello alto con camiseta. La aldetas de la chaqueta es corta y abierta por delante, cerrándose por medio de cordones que enganchan en ricos botones, concluyendo en dos borlas de seda y oro. La túnica es de seda damascada ó de brocado. La cabeza del *puf* frunciendo se pone encima de la punta de la chaqueta. En la última plana, en el número 27, damos este traje visto por la espalda.

15. Lazo de corbata adornado de una flor de encaje.—Se hace de otomana ó cinta de raso, colocando sobre una punta una flor recortada de encajes y bordada de puntos de seda. Así mismo puede colocarse una flor de terciopelo ó de felpilla.

16. Adorno de alas pequeñas para sombreros.—Se usan con profusión estas pequeñas alas en grupos para adornar bordes de vestidos de baile y en guinaldas. Se mezclan con ricas hojas de terciopelo cortadas de diferentes colores. Las que nosotros presentamos son encarnadas, blancas y azules.

17. Peinado con horquillas de concha—Este peinado de señorita ó de señora joven se hace con todo el cabello recogido muy alto por atrás; después se divide en ramales, los cuales se arrollan en cocas, sujetándolos por medio de elegantes horquillas de concha, de diferentes formas, como las que damos de modelo en el número 20.

18. Peinado adornado de coronas de rosas—Rosas de todos los colores y de todos los tonos; lo mismo muy abiertas que medio cerradas, y con hojas de terciopelo, se colocan en forma de corona al rededor del rodete; una rama de rosas con capullos cae sobre la espalda. Nuestras suscriptoras pueden ejecutar este adorno, que es uno de los que más favorecen, con toda clase de flores de la estación, grandes y pequeñas.

19. Zapato adornado de una moña de trencillas.—Este modelo es muy elegante y se hace de cabritilla *glacé*. Va adornado de una gran escarapela compuesta de lazados, que se colocan sobre raso, y sostenida por un cartón ligero.

20. Tres horquillas de concha para la cabeza.—El modelo de estas tres horquillas son las que más se usan para asegurar el peinado de ochos, unidas por los pequeños peines de bolas que se colocan indistintamente en el peinado.

21. Zapato atado por un lazo con hebilla.—Este elegante zapato va abrochado por medio de una cinta de seda y el lazo sujeto por una hebilla de metal muy sólida y que impide que se deshaga el lazo: es muy útil y un adorno de lucimiento en el pie.

22 y 23. Trajes de soirée.

22. Traje de soirée con draperie.—Este riquísimo traje se hace de raso blanco ó terciopelo; un valioso delantal de encajes, recogido con escarapelas de raso, cubre la mitad del delantero; la otra mitad va bordada, ó de perlas ó de cuentas de oro; la cola, que forma *puf*, va sujeta por los dos costados del delantal, con una guinalda de flores ligeras, con hojas de terciopelo cortado; el cuerpo por delante lleva escote cuadrado, y por atrás va adornado de un cuello de encaje, género *Stuardo*. Ramo de flores en el pecho; mangas semi-cortas, con tiras bordadas como el delantal, encaje en el borde.

23. Traje color rosa pálido con cola drapeada.—La falda va ricamente guarnecida de encajes de plegados y de bullones, con fruncidos por delante, y en los costados bien atrás, se recoge en *paniers* la *draperie* en forma de *écharpe*, que termina por atrás por un bullón doble sobre el *puf*, que lo hace la cola drapeada. El encaje que guarnece este vestido debe tener todo el 16 centímetros de ancho, y va ligeramente frunciendo á fin de no confundir el dibujo que debe ser muy rico.

24. Salida de baile. Manteleta visita abierta en chal.—Nuestro modelo es de terciopelo blanco con realces grana. Se forra de raso y se guarnece de una franja de rica felpilla de seda de 7 centímetros de ancho. En la espalda va con una abertura de 15 centímetros de larga, cuya abertura rodeada de la misma franja forma un *tuf*. La felpilla del cuello tiene 3 centímetros de ancho. El mismo adorno se continúa por los dos paños de delante, cerrando en el cuello por un lazo de raso.

25. Cuello oficial de encaje irlandés.

26. Manga que hace juego con el cuello del mismo encaje.

27. Espalda del figurín n.º 14.

28. Ramo de flores para guarnecer trajes de baile.—Este ramo es de flores rojas y hojas de terciopelo.

29. Abanico de plumas.—Este abanico, que puede hacerse todo de plumas blancas ó de color, debe tener 23 centímetros de largo; se puede hacer en casa, colocando sólidamente las plumas sobre un cartón fuerte; este cartón se cubre de plumas pegadas, y el mango figura una pata de pájaro maqueada; se pega sobre las plumas una bonita rama de flores.

30. Salida de teatro drapeada por detrás.—Este modelo se hace de cachemira azul, forrada de seda guarnecida de una rica tira de cisne y adornada de un bordado de seda y oro: cordones de oro y seda azul sujetan la *draperie* de la espalda.

31 á 34. Trajes para niñas.

31. Traje con cuerpo jaquete.—Se hace de cachemir liso guarnecido de raso del mismo color de un tono más claro. El borde de la falda y de la túnica-delantal va cortado á ondas, por debajo de las cuales va una tira de raso cortada de la misma manera. El cuerpo *jaquete* se abrocha en el cuello por dos botones dobles que sujetan al mismo tiempo el cuello derecho: dos solapas vueltas hacia abajo de raso y abiertas sobre una camiseta *bouffant*: la túnica recogida por los dos costados de delante, forma por atrás un *puf* sujeto por medio de un lazo de terciopelo ancho y de largas caídas.

32. Traje con draperie paniers.—Este modelo es de lana á grandes cuadros y va cortada en viés; la falda plegada de modo que deje por delante un pliegue ancho y liso, que debe tener de 10 á 15 centímetros de ancho. En el borde un viés ancho de terciopelo oscuro del color que más domine en la lana. Los *paniers* se hacen de una tira ancha cortada al viés, que va drapeada sobre la falda. El cuerpo-blusa va sujeto por un cinturón de terciopelo y una hebilla: *draperie* corta y hueca por detrás. Cuello *perigrina* con elegante broche: doble puño en las mangas, en medio de las cuales va un bullonado cortado al viés.

33. Traje con cinturón Médicis.—Este figurín está hecho de lana á cuadros blancos y rojos y guarnecido de tiras de terciopelo granate, de 3 y de 6 centímetros de anchas. La falda va cubierta de tres volantes cosidos á grandes pliegues bien separados. La cintura *Médicis*, también de terciopelo granate, forma picos lo mismo atrás que delante y se abrocha en el costado izquierdo, del que cae un lazo de terciopelo de largas caídas. Un lazo igual en el cuello: este es alto y de terciopelo granate.

34. Traje de dos telas.—Este elegantísimo traje se hará de lana y seda. La parte de delante de la falda va plegada de alto á bajo. La túnica, que va drapeada por los costados, se corta al viés y se recoge muy alta por medio de pliegues bien sujetos. El *puf* va á pliegues cosidos y se corta á hilo, colocado en la cintura por medio de pliegues que caen derechos. Por delante la chaqueta es corta, por la espalda postillón cuadrado formando pliegues gordos y adornado de dos lindos botones. Cuello y vueltas de mangas de rico encaje ó bordado.

FIGURÍN ILUMINADO.

Trajes de novia y de invitada á bodas.

Traje de novia.—Falda de raso blanco cubierta de volantes de encajes; túnica frunciendo siguiendo la forma del cuerpo, de pico, de terciopelo blanco; la cola también de terciopelo blanco, va sujeta por un doble *bouffant*, formando *puf*, que cae en ondas flexibles; guinalda de flores de azahar al costado de la túnica; ramos de las mismas flores en el lado izquierdo del cuello; cuerpo abierto en el pecho con plegados á los lados; chorrera de encajes; flores de azahar en los cabellos, y gran velo de tul de ilusión tan largo como el vestido. Se puede hacer también este traje de terciopelo blanco con realce de igual color, lo cual hace muy elegante.

Traje de invitada á bodas.—Falda de raso verde musgo, plegada y con *valayouse* verde musgo; segunda falda abierta á paños, por abajo, de terciopelo de Génova brochada, marrón sobre fondo color *crevette*, dejando ver los plegados de la falda; túnica de raso verde musgo, formando un pequeño delantal recogido muy alto sobre el *puf*, cuya *draperie* descende en cascada hasta el fin de la primera falda; cuerpo también de raso verde con pico, abierto en el pecho sobre un *fichú* de encaje atado á la cintura, en forma *Phedora*, con una cinta de raso; una tira de terciopelo de Génova, como la segunda falda, va á cada lado del cuerpo; del mismo terciopelo se adornan las mangas: guantes de cabritilla largos, color *crevette* pálido; sombrero de fieltro verde musgo, guarnecido de una *draperie* de felpa musgo, y plumas *crevette*.

REVISTA DE BARCELONA.



ENOS ya, queridas lectoras mías, en pleno invierno, aun cuando el Almanaque no lo marque hasta al 21 del presente mes. Si nadie se extralimitara en sus atribuciones, casi, casi, ¿qué más prodríamos desear? Pero el mal ejemplo es contagioso, y la madre naturaleza, que se ve sujeta á presentar las continuas evoluciones de la humanidad, conspira con los elementos, y siéndole letra muerta las citas del calendario, nos reparte á su gusto el calor, el frío y aun las nieves, sin importarle un ápice que, fiándonos en que no ha de hacer adelantos ni retrocesos, tengamos hechos ó en pieza los trajes de temporada. No obstante, no vayan á creer mis lectores varones, si es que hay alguno que se digna pasar los ojos por mi humilde Revista, que



3 y 4.—Bata matinée para señora y batita para niño de 4 años.



5 á 10.—Panorama de trajes de casa y paseo.



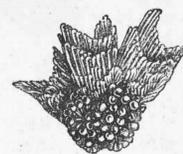
11 y 12.—Traje con draperie. Traje con túnica Redingote.



13 y 14.—Dos trajes de soirés.



15.—Lazo de corbata adornado de una flor de encaje.



16.—Adorno de alas pequeñas para sombreros.



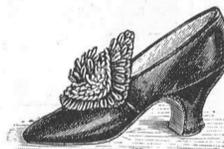
17 y 18.—Peinado con horquillas de concha.



21.—Zapato atado por un lazo con hebilla.



20.—Tres horquillas de concha para la cabeza.



19.—Zapato adornado de una moña de trenzillas.



22 y 23.—Trajes de soirée.

las barcelonesas, aún cuando el frío arrecie, se preocupen por los trajes de invierno antes de las ferias de Santo Tomás. En este punto, la *Tradicón* tan bellamente cantada por Pelayo Briz, se ostenta con toda su fuerza.

Ya sea sencilla lana, brillante raso ó rico terciopelo, traje nuevo ó compostura, es preciso lucirlo entre la brillante concurrencia que llena las grandes avenidas del Parque los días de ferias de Navidad.

¡Cuántas rabietaas cuesta á muchas la falta de exactitud de las modistas, que viéndose abrumadas de compromisos no ven más esperanza que rogar á Dios las favorezca con abundante lluvia que las saque de tanto apuro!

¡Qué hacer! cada uno pide lo que necesita.

El descenso de la temperatura se ha notado ya en el cambio de nuestros paseos domingueros, porque es preciso consignar que Barcelona es extraordinariamente *dominguera*. Los jueves por la tarde hay música en el paseo de Gracia, y, si bien es verdad que este aliciente lleva allí alguna concurrencia, ¡cuán poca es comparada con la que los días festivos por la mañana, llena durante horas enteras dicho paseo en invierno y nuestra incomparable Rambla de las flores en los brillantes días de estío y primavera! Y no se crea que dicha costumbre sea sólo patrimonio de determinadas clases, pues nuestro gran teatro del Liceo, centro de la rica y elegante sociedad barcelonesa, es perenne muestra de nuestro aserto. Bonitos trajes y ricos prendidos se ven en él los días laborables; pero el forastero que desee hacerse cargo de la exorbitante cantidad de lujo que sustenta una capital de provincia, aún cuando esta sea tan importante como Barcelona, es preciso que tome butaca en el Liceo en noche de día festivo, día en que más se va para ver y ser visto. Particularmente para la mayoría de la concurrencia á palcos y butacas, lo que menos importa es la ópera y la compañía que la canta; lo esencial es el traje que luce *menganita* ó el aderezo de *fulanita*, propietaria ó abonada á tal ó cual palco, pues de lo demás, no hay por qué romperse la cabeza. Por los aplausos ó silbidos del cuarto y quinto piso se sabe si va bien ó mal, y en cuanto á las dudas que pudieran suscitarse, ahí está la prensa para señalar al siguiente día los defectos ó bellezas de la obra y la interpretación que le ha cabido.

A los demás teatros les son precisos mayores esfuerzos para complacer al público, que regularmente asiste más por el espectáculo que por la reunión; y á fe que no se ha de decir que no hay para todos los gustos. Santa Cruz, que bien pudiera cambiar de título pues parece triste irrisión representar obras como *Donna Juanita* en teatro por tal nombre conocido, atrae numerosa concurrencia desde que exhibe espectáculos más propios para cierta parte de París, que para la seriedad y buenas costumbres de nuestro pueblo. Pero, como no es nada extraño que en una población que cuenta casi trescientos mil habitantes haya algunos entusiastas por determinados géneros, sigue dando buenas entradas á la empresa, aún cuando con recto juicio, las señoras y particularmente señoritas, se abstienen de asistir á ellas.

El teatro del Circo, Romea y Buen Retiro se ven favorecidos por numeroso público que, con su asidua asistencia, se muestra agradecido á los desvelos de las compañías que actúan en ellos; y en el teatro del Tivoli, casi escondida como violeta bajo sus verdes hojas, sigue siendo grato deleite de ojos y corazón y gloria del arte dramático español, la eminente artista D.^a Carlota de Mena, que trabaja como primera dama en la inteligente compañía, que, con acierto digno de encomio, dirige el concienzudo actor D. Antonio Tutau. Las distinguidas familias que llenan los palcos y butacas y el numeroso público que invade dicho teatro, muestra claramente que no pasan desapercibidas obras tan acabadísimo representadas como hace pocos días presentó dicha compañía en la bonita comedia *La escala de la vida*.

En el teatro Catalán han alcanzado lisonjero éxito, el precioso drama de los Sres. Soler y Mata y Maneja, *Lo libre del honor* y la bellísima comedia del Sr. Feliu y Codina, *Lo grá de mesch*, obras ambas de verdadero mérito.

El movimiento artístico no ha sido mucho en el mes transcurrido, pues todo se reserva para la apertura de la magnífica exposición permanente de bellas artes, que en grandioso edificio destinado á dicho objeto (levantado, como casi todo lo valioso de nuestra ciudad, por la iniciativa particular) se inaugurará á últimos del presente mes. Los más reputados artistas, entre los que se citan nombres tan cele-

brados como Pradilla, Masriera, Tusquets, Fabrés y otros que no recordamos, han ofrecido cooperar con sus obras; con lo cual, no es extraño que se espere la exposición de la acreditada casa Parés, como uno de los acontecimientos artísticos de más importancia en nuestro actual renacimiento.

No obstante, de lo poco que, por lo que llevamos dicho, se ha expuesto estos días, debemos hacer particular mención del acabadísimo retrato de niño, que en los escaparates del señor Vidal, en el pasaje del Crédito, ha llamado la atención de inteligentes y profanos. Semejanza, expresión, modelado y colorido, acreditan una vez más la hábil destreza del esclarecido maestro de pintura de la Academia catalana, D. Antonio Caba. ¡Lástima ha sido que tan acabada obra no se haya expuesto en calle más concurrida!

A últimos del pasado mes se abrió en la de Fernando VII un nuevo y lujoso establecimiento para venta de cuadros al óleo, muebles, tapices y objetos artísticos de todas clases. La dirección del decorado de la mencionada casa ha sido obra del conocido pintor D. Juan Parera, que ha puesto brillantísimo de manifiesto su ya reconocida habilidad en trabajos como el que nos ocupa. El precioso techo de nogal enriquecido con espejos venecianos y prismas de cristal de Bohemia, el pavimento de mármoles del país de un gusto exquisito y la preciosa escalera interior cuyo peso gravita sólo en los dos extremos á pesar de su curva, son objeto de entusiastas plácemes por cuantas personas visitan dicho establecimiento y á los que tenemos un placer en unir nuestra justa felicitación.

DOLORES MONSERDÁ DE MACIÁ.

LA BUENA MADRE.

—¡Lloras, madre!... ¡Oh madre!
no llores.—¡Oh hijo!
para el mal que lloro
no encuentro hoy alivio,
pues ¡ay! tienes hambre
y en vano mendigo;
llueve y yo te cubro,
pero tienes frío.

—Pues no más ya penes
al fin por un niño
y más cuando sólo
de peso te sirvo;
huye y á lo oscuro
déjame perdido.

—¡Dejarte! ¡Dejarte!
¡Qué horror, hijo mío!
Aquí, aquí en mi seno
tendrás siempre abrigo,
mientras no entre el agua
donde está el cariño.
¡Oh Dios! oye, escucha
sólo este suspiro
que de lo hondo sale
de este pecho herido.
Quita de mis ojos
la luz y aún los cinco
del cuerpo viviente
preciados sentidos;
quítame hasta el habla
con que en vano digo,
dadme una limosna,
que por Dios la pido;
quítame todo...
pero no á mi hijo.

—¡Abajo mis ángeles,
volad en auxilio!
¡Tocad con las alas
el alma del rico!
¡Besad amorosos
la frente del niño!
¡Decid á su madre
que yo la bendigo!
Y... ¡ay de mis ángeles
si se pierde el niño!

CECILIO NAVARRO.

ETIQUETA SOCIAL.

II.

(CONVERSACIÓN SEGUNDA.)



Las presentaciones ó introducciones tienen sus reglas, fundadas pura y simplemente en el sentido común. Por ejemplo, si intervienen una señora y un caballero, claro es que la presentación ha de ser del caballero á la señora y no al contrario, como muchas veces se hace. La hidalgua, que es una de

las bases principales de la etiqueta, considera siempre á la señora como superior por derecho de sexo, y da por supuesto que el hombre se tiene por honrado con hacer su conocimiento. Esta es una de las reglas invariables, aunque el rango y posición del caballero sea superior al de la dama. Sólo en el caso de que se trate de dos personas pertenecientes al mismo sexo, ha de presentarse siempre el inferior al superior.

Nunca debe presentarse un caballero á una señora, sin pedir á esta su permiso.

Tampoco está bien que la señora dé la mano al caballero presentado. Basta una inclinación de cabeza.

En visitas de mañana son excusadas las presentaciones, á menos que la dueña de la casa sepa que tal es el deseo particular de sus amigas ó amigos. En esta clase de reuniones todos deben hablar con cierta franqueza y como si se conociesen recíprocamente. La formalidad, el silencio ó la tiesura sientan mal en estas reuniones de confianza.

En algunos países, como en Inglaterra, las personas que han sido presentadas en la casa de un amigo mútuo, no se saludan al encontrarse en otra parte. El saludo implica conocimiento, y la presentación no es bastante para conocerse dos individuos.

Si una señora, paseando con una amiga, encuentra á otra, no debe presentarlas mutuamente, á menos que sepa que ha de serles agradable su conocimiento recíproco. Lo propio se entiende si fuesen caballeros. El presentar personas desconocidas unas á otras es tomar sobre sí no sólo una gran responsabilidad, sino dar una especie de garantía á cada una de la respetabilidad y honradez de la otra.

En los bailes hay excepciones á estas reglas. La dueña de la casa puede presentar cualquier caballero á cualquier señora, sin pedir antes permiso á esta, con tal que le conste que no tendrá inconveniente en bailar, pues á ningún caballero le gusta que se le rehuse la mano de una mujer, aunque sea para un vals.

Una joven puede presentar á su hermano y una madre á su hijo sin preliminares de ninguna clase, siempre que su familia sea superior ó igual en categoría á la de la persona á quien son presentados.

Las amigas pueden presentar á amigas en casa de una tercera persona, pero es preferible que lo sean por esta porque la presentación hecha por la dueña de la casa tiene más autoridad.

En las tertulias de noche no hay necesidad de presentaciones. Se supone que las personas allí reunidas, lo están bajo el pie de la igualdad de condiciones.

A veces los criados anuncian mal en un salón el nombre de una persona, ó pasa inapercibido entre el bullicio de la conversación. En este caso, y si la persona visita por la primera vez, debe ir directamente á la señora de la casa y anunciarse ella misma modestamente. La presentación de las personas está abolida por la molestia que esto ocasionaría á las últimas que llegasen. Por esto se ha sustituido tal fórmula con un saludo semi-circular, al modo del de un cantante al público de un concierto.

La presentación de un caballero á una joven, con el solo objeto de bailar, no le da derecho á saludarla si la encuentra en otra ocasión. Esto parece algo ridículo y etiquetero, y seguramente no se observa en España; pero donde la etiqueta es más rígida, puede exponerse el caballero á que la señora no le devuelva el saludo.

Como decíamos al principio, esta práctica social fué tomada de los ceremoniales de corte, primeramente por la nobleza, después por la clase media y hoy día extendida hasta las clases inferiores, que quieren rivalizar en finura con las elevadas. En los palacios de los reyes, se ha hecho siempre la *presentación* de aquellas personas que por su rango ó nacimiento tienen derecho á frecuentar la corte.

Las reglas apuntadas se refieren principalmente á las señoras. Los hombres pueden permitirse más libertad en este punto, pero teniendo siempre por mira la conveniencia y agrado de sus amigos, más que su vanidad ó capricho del momento. La gran mezcla de individuos en los sitios públicos hace que en ciertos casos hayan de mirarse bien los hombres en esto de hacer presentaciones, que tal vez puedan ser desagradables á uno de los presentados. Sobre esto no hay más regulador que la discreción individual.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUEA.

EL PECADO DE MAGDALENA

(CONTINUACIÓN.)

Roberto Wall estaba delante de nosotras, en pié, apoyado en una esquina de la chimenea y un poco inclinado hacia mi tío. Al primer golpe de vista no me pareció en manera alguna que fuese bien parecido, y sin embargo su rostro irregular adornado con una espesa cabellera negra, me chocó por indicar un carácter lleno de fuerza y voluntad. Mi tío le presentó á su hija y los tres entablaron conversación. No creo que la mirada de Roberto se fijara en mí ni un minuto siquiera durante la primera mitad de la velada, por lo que pude examinarle á mi placer. Tenía una estatura regular, su cuerpo era flexible y robusto, el aire un poco altivo; en algunos momentos se velaba repentinamente el brillo de su mirada, siendo esta tierna ó fría. Su sonrisa tenía también una dulzura particular é inesperada que le daba mucho atractivo. Mi tío le interrogó sobre la vida que llevaba en los Estados Unidos, y contestó con ese acento de sinceridad escrupulosa que inspira confianza. Refirió en términos sencillos y pintorescos sin embargo, varias aventuras en que había sido actor, unas burlescas, otras sangrientas, pero todas de naturaleza que nos hiciera formar una idea exacta de esas costumbres en que la fuerza individual vale con más frecuencia que el derecho, y en las que cada cual lucha solo, por su cuenta y riesgo, en medio de aquel combate de hombres y de intereses confundidos. Un rasgo que me impresionó en él, era su indiferencia y hasta su desprecio de la vida humana. Arrojado desde la infancia en medio de esos combates sin cuartel en que el egoísmo más feroz no es con frecuencia más que el instinto de la conservación sobreescitado por el peligro, se había acostumbrado á no temer su muerte ni la de los otros; era un juego y nada más.

Seguramente que Roberto Wall al caer de improviso en nuestro salón parisién, no tenía nada de común: sin ser excéntrico, sin aspirar á causar efecto, había en él una extrañeza atractiva, un sabor semi salvaje que despertaba el interés. A veces, al recitar un episodio de su vida pasada, sus ojos se encendían de pronto, se le arrugaba la frente y fruncía profundamente el ceño, comprendiéndose que bajo la tranquila gravedad de ese rostro se ocultaban ardientes pasiones. Yo me volvía entonces instintivamente hacia Luisa, y pensaba á mi pesar que era muy endeble para marchar en la vida á un paso igual al de su joven prometido. Yo me lo había figurado enteramente distinto, menos robusto, menos resuelto, más parecido á Luisa, que era la gracia y la debilidad personificadas. ¡Cuántas veces Luisa y yo nos hacíamos mutuamente el retrato de Roberto! Las cartas de M. Wall, todas ellas respirando orgullo de amor paternal, nos habían proporcionado varios rasgos para ese retrato ideal; y nuestra juvenil imaginación le había completado, ó más bien formado á su gusto. Por lo mismo, icon qué curiosidad le observaba esta primera noche!

Estaba sentado cerca de Luisa, y yo sonreía involuntariamente al ver cuán presto me olvidaba esta escuchándole. ¿Tenía acaso verdadera necesidad de mí? En este momento fué cuando sentí por primera vez mi aislamiento en la tierra, mi profunda inutilidad para el porvenir. Hasta entonces mi reconocimiento hacia mi tío, mi ternura para con Luisa habían llenado por completo mi corazón: me parecía imposible que pudiera admitir una nueva afcción: pero al aspecto de aquella reciente felicidad que nacía á mi lado, se apoderó de mí una extraña inquietud. Apoyada en el respaldo del sillón de mi tío, seguía con distraída mirada la silenciosa partida de whist; miraba caer una á una las cartas que los jugadores retiraban sin decir palabra, y escuchaba el murmullo que causaban las voces de Luisa y de Roberto que se confundían ó se contestaban. ¿Qué podían decirse?

Transcurrió así largo rato; luego habiéndome rogado mi tío que cantara, me levanté presurosa, librándome así de mi inexplicable mal humor, y abriendo un cuaderno fijé mi atención en un fragmento de *Alcestes*. Yo no sé qué poderosa emoción, qué adormecidas facultades despertó entonces el soplo del inspirado genio de Gluck en mi alma perturbada y llena de presentimientos; encontré, para reproducir los inmortales sollozos de *Alcestes*, acentos de que no me creía capaz, y las lágrimas asomaron á mis ojos, cuando levantando por casualidad la vista hacia el espejo medio oculto en la sombra que tenía enfrente, me apercibí de que Roberto tenía los ojos

fijos en mí con una expresión profunda de sorpresa y admiración: sentí un estremecimiento de orgullo, luego una insuperable timidez se apoderó de mi espíritu y callé bruscamente. Muchos años han pasado desde aquel día, han tenido lugar irreparables acontecimientos, he sentido mi alma destrozada por crueles padecimientos; pero no he podido olvidar esa primera mirada, sorprendida en un oscuro espejo, y de la cual no sospechaba entonces el poder fatal.

(Se continuará)

LAS SEÑORITAS DE MONTROBERT.

(CONTINUACIÓN.)

Pero la turbación desapareció con el ruido de los pasos de Gastón y Berta lo que le devolvió su plácida alegría.

—Padre mío, díjole la joven al entrar; Gastón me lo ha revelado todo. Eramos primos y hoy somos prometidos con vuestro consentimiento, y esperamos que Dios nos permita llegar á ser esposos. Díceme Gastón que es dichoso y yo por mi parte, padre, os doy las gracias; mas acabad nuestra felicidad bendiciéndonos, para que el Señor lo haga á su vez.

—Con toda mi alma, hijos míos, contestó el barón, extendiendo sus manos sobre la morena cabeza de Gastón y la rubia de Berta. Sed, hijo mío, leal, bravo y emprendedor, y tú, Berta, una prometida amante, fiel é indulgente; portaos ambos como dignos de vuestro nombre, amad á Dios y á la patria, servid al rey y no olvidéis jamás que sois Montrobert.

—Sé, dijo entonces la joven, que Gastón marcha. No lo detendré; he prometido esperarle hasta que vuelva, por mucho que tarde; esperarle siempre sin quejarme, ni debilitarse mi amor hacia él, esperarle en este castillo en el que me hallará fiel y enamorada.

—Tienes razón, hija mía, exclamó el barón cogiendo la mano de su hija. Aquí está nuestra morada señorial, la que ha de ser de tu hermana y tuya... No la abandonéis jamás, y si yo muero antes de la vuelta de Gastón, que él os halle aquí á su regreso, honradas, ricas y poderosas en el esplendor y paz que da el goce de vuestros dominios y cual conviene á las nobles hijas herederas del barón de Montrobert.

—Padre, padre, no digáis eso. Todos los bienes son vuestros, sólo vuestros y quiera Dios los gocéis por largo tiempo y sea la mano de mi padre la que á la vuelta de Gastón me entregue á mi adorado esposo. Si no fuese hija dichosa ¿cómo sería feliz esposa?

Acercose entonces al gran sillón de roble en que descansaba su padre y rodeó con sus niveos brazos la frente arrugada y la canosa cabellera del barón; besola con amor al par que jugueteaba con ella, hasta que de pronto un súbito pensamiento le acudió y separándose de su padre le dijo:

—Voy á buscar á Blanca; sabe estoy aquí y que he venido con mi primo Gastón, quien me ha ido á buscar entre tímido y alegre. Si tardase en hacerla partícipe de mi dicha, creería que la olvidaba y no quería compartir con ella mi dicha; ¡cuánto amo á mi hermanita! No tengáis celos, Gastón, que con ella hablaré de vos cuando estéis lejos de mí en la guerra.

Y después de dar otro beso á su padre salió sonriéndose dejando soñar felicidad al anciano barón y al joven oficial.

II.

EL SECRETO DE BERTA.

En el castillo de Montrobert no se daban ya fiestas, reinando el silencio en él desde que Gastón marchó á la guerra.

El barón entretenía sus ocios cazando y sus hijas permanecían solas entregadas, la una, á sus recuerdos, alegre la otra. No necesitaban visitas ni ruido para ser dichosas; cariñosas y sensibles como eran, la una llenaba con su vivacidad el melancólico corazón de la otra y ambas formaban un todo completo, encantador.

—Berta, gritaba una mañana la linda Blanca amenazándola con su hermosa mano desde lejos, al descubrirla sentada en un banco del parque; Berta, la declaración y marcha de nuestro primo, que Dios bendiga, te vuelve más melancólica. Dime ¿cuando el corazón se enternece es indispensable llorar y suspirar de continuo? ¿Tan serio es el amor, hermana? En este caso lo aborrezco, pues mi cora-

zón es alegre y juguetón como la rápidaavecilla, y si el amor ha de quitarme la alegría puede marcharse á flechar á otra, que no le quiero dar abrigo.

—¿Es cierto lo que me dices, Blanca? respondióle Berta cogiendo la mano de su hermana y fijando la mirada en sus lípidos ojos, que se turbaron, y las mejillas de la burlona se enrojecieron al par que sus labios entreabiertos sonreían con malicia.

—Ya lo creo. Vaya que pregunta. ¿Crees que tengo otro primo?

—Ya lo sé, pero no faltan en la comarca nobles y ricos señores, hermosos caballeros, que se tendrían por dichosos con obtener una mirada, la preferencia y la mano de mi amada Blanca.

—Pues claro... ¿Dónde has visto tanto caballero galante que me obsequie? ¿Vamos á ver si me citas alguno? contestole la linda joven sentándose al lado de su hermana con aire triunfante.

—El baron de Malavert.

—Quita de ahí. Un furioso cazador que publicaría nuestra boda á són de cuerno; y además, no quiero tener un marido que compartirá sus atenciones entre su esposa, las batidas á los lobos y los escondrijos de becasas.

—Bueno, dejémosle á un lado, y ¿el coronel de Saint Prix?

—Pero, hermana, ¡si es un inválido! ¿Cómo quieres que entregue mi corazón á un marido que tiene la cara cruzada por tan gran cicatriz? Seré todo lo glorioso que tú quieras, pero no es bello; deseo un esposo de limpio corazón y cara lisa.

—Entonces nadie como el marqués de Pontreilles. Tiene un cutis liso, blanco y fino.

—Ya lo creo; porque se acicala y perfuma. Y además, sus recuerdos de la corte me humillan; soy provinciana y no podría ser dichosa con un esposo á quien sólo admira la elegancia de M. Lauzun y la gracia de Madame de Thianges. Querría me pusiera colorete y pintase, y si te he de decir verdad eso me horroriza. Cuando quiero componerme y parecer bonita, me lavo con agua de la fuente y arreglo mis cabellos en el cristal de las aguas.

Y Blanca volvió hacia su hermana su rostro encantador, cuyo tinte rosado atestiguaba sus palabras.

—Tienes razón, contestó Berta, ¿pero qué me dices del conde Naulles?

—¡Oh! ese es un palaciego que no se casará sinó con una dama de honor, y no estoy destinada á ser duquesa.

—¡Qué desdeñosa te vuelves y cómo desechas pretendientes! Pero aún tengo otro, el más joven, tímido é interesante de todos; René Le Cointe, hijo del primer presidente.

Esta vez la respuesta de Blanca no fué tan espontánea ni decisiva. En su mirada baja y melancólica y en su voz dulce, notose cierta timidez al contestar.

(Se continuará.)

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

I.

Tan elevada es la *todo*
que *cuarta-tres dos-tercera*
(y es de *tres-cinco una-tres*)
de pié por debajo de ella.

II.

Uno que *tres-cuarta-prima*
tirando á la *prima-dos*
cayó en manos de una *todo*
y hasta la vida perdió.

ROMPE CABEZAS.

Demetria.—Polonia.—Encarnación.—Placidia.—Exaltación.—Petronila.—Bárbara.—Natalia.—Delfina.—Clara.—Juana.—Reinalda.—Teresa.—Olalia.—Rosalia.

Tomando una letra de cada nombre formar el de una reputada escritora.

FUGA DE VOCALES.

—¿Q.. m.l. d.ct.r. l. .rr.b.t. . l. v.d.?
l. m.dr. pr.g.nt. c.n d.sc.ns..l.
—M.r.. «d.j. .l d.ct.r» d. .n. c..d.
—P..s «d. d.nd. c.y.»—C.y. d.l c..l.

FUGA DE CONSONANTES.

.a .o.e .ue .e .i.i.e,
.o. .o. .i.i.a «e .uic.o»
a.i.i.e .o.o .a..a.
.o. á..e.e. e. e. .ie.o.

Las soluciones en el número del 15 de Enero de 1884.

Barcelona: Imp. de LUIS TASSO Y SERRA, Arco del Teatro, 21 y 23.



23.—Cuello oficial de encaje irlandés.



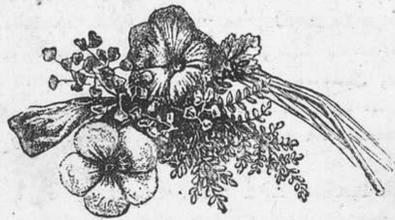
26.—Manga que hace juego con el cuello del mismo encaje.



27.—Espalda del figurin n.º 14.



29.—Abanico de plumas.



28.—Ramo de flores para guarnecer trajes de baile.



30.—Salida de teatro drapeada por detrás.

24.—Salida de baile. Manteleta visita abierta en chal.



31 à 34.—Trajes para niñas.